

## MIGUEL ANTONIO CARO, HUMANISTA

En el período de mayor decadencia de los estudios clásicos en Colombia, surge el que habrá de ser restaurador y mantenedor de las humanidades en su tierra y “uno de los más eminentes humanistas que la raza española ha producido durante el siglo XIX”: Miguel Antonio Caro<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> Nació en Bogotá el 10 de noviembre de 1843 y murió en la misma capital el 5 de agosto de 1909. De 1892 a 1898 ejerció el poder ejecutivo en su carácter de Vicepresidente de la República. Desempeñó otros cargos de relieve y ejerció amplísima influencia desde la cátedra, la tribuna y la prensa. Su biografía no se ha escrito y sus producciones no están aún totalmente recogidas. En 1918 empezaron a publicarse, bajo la dirección de Víctor E. Caro y Antonio Gómez Restrepo, en la Imprenta Nacional, sus *Obras completas*, de las cuales han salido hasta el presente ocho volúmenes: tomo I: *Flos poetarum, El cinco de mayo, de Manzoni* (1918); tomo II: *Estudios literarios*, Primera serie (1920); tomo III: *Estudios literarios*, Segunda serie (1921). tomo IV: *Estudios literarios*, Tercera serie, y *Estudios filológicos y gramaticales*, Primera serie (1923); tomo V: *Estudios filológicos y gramaticales*, Segunda serie (1928); tomo VI: *Discursos y documentos públicos* (1932); tomo VII: *Labores legislativos y estudios jurídicos* (1942); tomo VIII: *Sonetos de aquí y allí, Traducciones poéticas, Poesías de Sully Prudhomme* (1945). En serie aparte y formato más pequeño se editaron las *Obras poéticas*: el primer volumen comprende *Sonetos y Cantilenas* (1928); el segundo *Horas de amor, Elegías y Cantos a la naturaleza* (1929); el tercero *Musa militante, Sátiras y Lira cristiana* (1933).

Consultar, además de los prólogos que traen los tomos de las *Obras: Bibliografías de D. Miguel Antonio Caro* por VÍCTOR E. CARO y de D. Rufino José Cuervo por AUGUSTO TOLEDO, Bogotá, 1945; VÍCTOR E. CARO, *La juventud de don Miguel Antonio Caro*, Bogotá, s. a. [1930]; ALFREDO FLORES Y CAAMAÑO, *Las primeras poesías de don Miguel Antonio Caro*, 2ª ed., Quito, 1946; ALFONSO ROBLEDO, *Don Miguel Antonio Caro y su obra (En el tercer aniversario de su muerte)*, Bogotá, 1912; *Homenaje de “La Nación” al Sr. D. Miguel Antonio Caro el 10 de noviembre de 1888*, Bogotá, 1889; M[arco] F[idel] S[uárez], *D. Miguel Antonio Caro*, en *Colombia Ilustrada*, Bogotá, 1890, I, 162-165; ANTONIO RUBIO Y LLUCH, *Semblanza de D. Miguel A. Caro, Homenaje a D. Miguel A. Caro y Don Miguel Antonio Caro, como poeta*, en *Estudios hispano-americanos*, Bilbao, 1923, caps. I, II y VI; FERNANDO DE LA VEGA, *Fiesta de la raza* (Conferencia, sobre Miguel Antonio Caro), en *Ratos de estudio*, Cartagena, 1922, págs. 225-261; AUGUSTO TOLEDO, *Miguel Antonio Caro y Menéndez y Peñayo*, Bogotá, 1943; CECILIA HERNANDEZ DE MENDOZA, *Miguel Antonio Caro*:

En su formación interviene, secundando su "pasión cuasi religiosa" por el estudio, una serie de factores, sin los cuales resultarían inexplicables la extensión y la profundidad de sus conocimientos clásicos. Nace en el seno de una familia en la cual se respira un ambiente literario y es tradicional el culto de los autores latinos: baste recordar que el tronco de ella en Nueva Granada, el gaditano Francisco Javier Caro, había anotado el *Arte Poética* de Horacio. Hereda la afición a las letras de su padre, el poeta José Eusebio Caro, cuyo ejemplo y obras imprimen huella imborrable en su ánimo<sup>2</sup>. Aprende los primeros rudimentos de castellano y de latín y las primeras reglas de la versificación de labios de su abuelo materno, el jurisconsulto Miguel Tobar, de cuya guía disfruta hasta cerca de los veinte años<sup>3</sup>. Es confiado por algún tiempo a

---

*diversos aspectos de un humanista colombiano*, Bogotá, 1943; LUIS LOPEZ DE MUSA, *Miguel Antonio Caro y Rufino José Cuervo*, Bogotá, 1944; MARGARITA HOLGUIN Y CARO, *Los Caros en Colombia: su fe, su patriotismo, su amor. Papeles de familia ordenados por...*, Bogotá, 1942; EDGARD SANABRIA, *Antepasados ilustres de D. Miguel Antonio Caro y Caro, filólogo*, en *Revista Nacional de Cultura*, Caracas, 1947, año VIII, núm. 61 (marzo-abril), págs. 103-124, y núm. 63 (julio-agosto), págs. 124-136; CARLOS E. FORERO, S. J., *El humanismo del señor don Miguel Antonio Caro*, en *Revista Iaveriana*, 1943, XIX, 32-37 y 80-86; *Epistolario de don Miguel Antonio Caro: correspondencia con don Rufino J. Cuervo y don Marcelino Menéndez y Pelayo*, en *Publicaciones de la Academia Colombiana, correspondiente de la Española*, tomo II, Bogotá, 1941.

La frase citada en el texto pertenece a MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO, *Horacio en España*, 2<sup>a</sup> ed., Madrid, 1885, tomo II, pág. 356 n.

<sup>2</sup> En la obra poética de J. E. Caro es visible la huella de los estudios clásicos. Para poner de relieve la tradición cultural de la familia, recordaré que una tía paterna de José Eusebio, María, mujer de gran instrucción, que poseía el latín — aprendido seguramente de su padre, el comentarista de Horacio — fue su maestra en la niñez (cfr. MARGARITA HOLGUIN Y CARO, *Los Caros en Colombia*, etc. cit., pág. 19 n.), y que posteriormente su propio padre, Antonio José, le enseñó principios de latinidad y de francés (cfr. la biografía de J. E. Caro en *Obras completas de DON MIGUEL ANTONIO CARO*, II, 58).

<sup>3</sup> Cfr. VÍCTOR E. CARO, *La juventud de don Miguel Antonio Caro*, etc. cit., págs. 7-8 y 15-16. Cuando J. E. Caro salió para el destierro (1850), Miguel Antonio, que apenas contaba siete años, se trasladó con los suyos a la casa del doctor Tobar, donde vivió — con excepción del tiempo transcurrido en los colegios — hasta la muerte de éste, acaecida en 1861. La rica biblioteca de su abuelo fue su propia biblioteca, y las conversaciones que aquél sostenía con amigos de cuenta, que le visitaban, fueron fuente de enseñanzas para el pequeño Caro, que, escondido bajo el escritorio, las grababa en su memoria, de suerte que muchos años después podía repetir las aún con gran fidelidad.

un preceptor inglés, Thomas Jones Stevens, buen conocedor del latín y del griego<sup>4</sup>. Recibe especiales clases de latín en el colegio regentado por Antonio Basilio Cuervo y Antonio José de Sucre<sup>5</sup>. Frecuenta el Colegio de San Bartolomé en el breve intervalo (1859-1861) en que reabre sus puertas bajo la dirección de los jesuitas: allí tiene como maestro al eminente poeta latino P. Manuel José Proaño, ecuatoriano<sup>6</sup>; allí

<sup>4</sup> Stevens era natural de Londres y había estudiado en la Universidad de Oxford. Murió en Bogotá el 5 de junio de 1855, a la edad de cuarenta y cinco años: hacía cinco años que se hallaba en la Nueva Granada, donde estuvo dedicado a trabajos entomológicos, como naturalista que era, y a la enseñanza de idiomas. Poseía el latín, el griego, el francés, el italiano, fuera de su propio idioma y del español. La educación de los hijos de J. E. Caro le fue confiada enteramente: vivió en la casa de ellos, donde gozó de especiales consideraciones y tuvo para su servicio exclusivo un criado y un caballo. Miguel Antonio y su hermano Eusebio aprendieron con él a leer y hablar el inglés correctamente. Cfr. VICTOR E. CARO, *op. cit.*, págs. 9-10, y JOSE M. GROOT, *A la memoria de un hombre justo*, en *El Catolicismo*, segunda época, año II, núm. 157, 12 de junio de 1855, pág. 119 (necrología de Stevens).

<sup>5</sup> Era éste venezolano, sobrino del mariscal de Ayacucho, buen latinista y muy aficionado a la gramática. Habiendo observado las disposiciones peculiares de Miguel Antonio, lo separó, junto con Rufino José Cuervo, que también frecuentaba el colegio, de la clase general y les enseñó particularmente latín y castellano. A los pocos meses hubo de declarar que sus discípulos sabían tanto o más que él. Cfr. VICTOR E. CARO, *El señor Caro en la intimidad* (cartas al señor don Fernando de la Vega), en *El Siglo*, Bogotá, 13 de noviembre de 1943.

<sup>6</sup> El P. Proaño (1835-1916) regentó en San Bartolomé las cátedras de lógica y matemáticas, a la vez que dirigía las academias literarias de los alumnos, cuando aún era estudiante de la Compañía; desterrado con los demás jesuitas en 1861, fue ordenado sacerdote en Guatemala y volvió a su patria, el Ecuador, donde figuró notablemente como literato, orador y polígrafo. De él se conservan trece odas latinas, que corren publicadas en las *Memorias de la Academia Ecuatoriana*, entrega XVI, noviembre de 1935, págs. 79-92; algunas de ellas pueden verse también en la colección *Horstiana*, Quito, 1936, págs. 113-122. A sus alumnos abría "con generosa mano -- según sus propias palabras -- todos los tesoros de los clásicos latinos y de los clásicos españoles del siglo XVI". Tuvo a Caro como discípulo predilecto; y Caro guardó por él afecto inmutable. El P. Proaño conservó en su poder un tomo manuscrito con las primeras poesías de Caro. Después de la muerte de éste las entregó a D. ALFREDO FLORES Y CAMAÑO, quien las publicó por primera vez en 1910, en un folleto reeditado no ha mucho: *Las primeras poesías de don Miguel Antonio Caro*, 2ª ed., Quito, 1946. Entre tales ensayos métricos se encuentran tres traducciones castellanas de otras tantas poesías latinas del P. Proaño: *El Beato Pedro Claver bautiza los rios en Cartagena*, *Despedida* y *Al Padre Luciano Navarro* (págs. 33-35 y 56-60). El citado opúsculo contiene las reproducciones de dos retratos fotográficos de Caro joven, enviados con afectuosas dedicatorias al P. Proaño, una de ellas con fecha junio de 1871.

alcanza los premios de gramática y de versificación latina y castellana<sup>7</sup>. A los diez y ocho años conoce a Samuel Start Bond, notable helenista y versificador latino, con quien traba sólida y perdurable amistad, alumbrada y sostenida por comunes aficiones cultivadas en común<sup>8</sup>. Desde los bancos es-

<sup>7</sup> Cfr. VICTOR E. CARO, *La juventud de don Miguel Antonio Caro*, cit., págs. 10-15, y *El señor Caro en la intimidad*, cit., donde se menciona un folleto de distribución de premios para el año de 1860 (*Solemnis praemiorum distributio in collegio et seminario Bogotano*, etc.) en que figura Caro como primer premio "soluti sermonis Hispani", "soluti sermonis Latini", "versionis", "carminis Latini", "carminis Hispani", y como segundo premio "scriptionis Graecae".

<sup>8</sup> Cfr. VICTOR E. CARO, *La juventud de don Miguel Antonio Caro*, cit., págs. 30-36. Al salir Caro del colegio de los jesuitas, quiso refrescar sus conocimientos de inglés, para lo cual tomó clases con Bond: tal el principio de sus relaciones. En 1862 Bond se traslada a Antioquia, y desde allí sostiene nutrida correspondencia epistolar con su amigo bogotano. Escribe ora en inglés, ora en castellano, ora en latín. Con una carta le envía, en noviembre de 1863, una extensa composición métrica latina. Revisa y comenta los pliegos de la *Gramática latina* que Caro le va remitiendo, a medida que salen de la imprenta. Los autores de la *Gramática* agradecen esta colaboración en el *Prólogo* de la primera edición (pág. 11).

Bond nació en 1816 y murió en Bogotá, en 1885. Había venido a la Nueva Granada desde mediados del siglo. Fue profesor de latín y de inglés en el Colegio del Estado de Antioquia, en Medellín (cfr. E. ROBLEDO, *La Universidad de Antioquia: 1822-1922*, Medellín, 1923, pág. 169) y después en Rionegro. Cultivó con amor y constancia la poesía latina — y es de creer que comunicó mucho de su fervor a su amigo Caro —; pero sólo nos son conocidas algunas muestras. En el *Apéndice* a la traducción castellana de las *Poesías de Sully Prudhomme* (Bogotá, 1905), Caro menciona (pág. 260) las poesías latinas de su finado amigo — que según parece quedaron en su poder — y transcribe la versión latina hecha por éste de las primeras estrofas de *L'agonie*. En la inédita colección de sus *Latinae interpretationes*, de que hablaré adelante, incluye el mismo Caro una poesía inglesa de Bond (fecha en Bogotá, 1862), *The Pilgrim's Gift*, con esta nota: "*Hoc Samuelis Bondii carmen, nos et auctor ipse, vix ille scripserat, latine certatim convertimus, nos etiam hispanice. Vide Bondii Carmina*"; de donde resulta clara la emulación existente entre ambos por componer versos latinos a porfía y se infiere, también, que Caro pensó publicar las poesías de Bond. Igualmente la competencia entre los dos amigos se ve en la nota al Soneto L (*Para el sepulcro de dos párvulos*) de la colección de sonetos de Caro (*Obras poéticas*, vol. I, 1928, págs. 57 y 228-229), donde se dice que el mismo epitafio fue compuesto en latín también, tanto por Bond como por Caro, cada uno por su cuenta. En la *Revista de Bogotá*, dirigida por J. M. Vergara y Vergara, tomo I, núm. 8, correspondiente a marzo de 1872, págs. 471-472, se publicó la versión de la composición *A orillas del Pusa* de Ventura de la Vega, con el título *Ad Pusae aquas* y esta nota: "En homenaje a la memoria del autor de *La muerte de César* publicamos la elegantísima imitación horaciana que de una de sus más bellas poesías hizo, para solaz de las horas de insomnio de la

colares del Colegio de Cuervo y Sucre, primeramente, y del de San Bartolomé, después, encuentra en su coetáneo Rufino José Cuervo, con quien lo hermana el amor a la lengua, a la lengua madre y a su lengua castellana, un compañero de estudios y un colaborador, de cuyo método y rigor científicos ha de aprender no poco.

Benéficamente obran tales circunstancias, en diferente medida y de diferente modo, en espíritu tan espléndidamente dotado y tan ávido de saber y de avanzar, como el de Caro.

gota, el ilustrado literato inglés don Samuel Bond, residente en Bogotá. Es grato ver con cuánta maestría ha logrado el genio de Albión cantar en la cima de los Andes al simpático Pusa en acentos que escucharían benignas las ninfas de Tívoli". Empieza:

*Vae! quantus ardor! Quantus et in genis  
Sudor labanti dum pede turgido  
De monte descendó, et loquaces  
Pusa, tuas subeo latebras!...*

De esta interpretación dijo Menéndez y Pelayo: "Mucho me place el sabor horaciano de la traducción que Bond ha hecho de los versos al Pusa. Mejor están así que en la forma de coplas de pie quebrado que les dio Ventura" (Carta de 24 de julio de 1879, en *Epistolario de don Miguel Antonio Caro*, etc, cit., págs. 204-205). En *El Repertorio Colombiano*, 1880, V, 342-343, está una traducción latina, en dísticos, por Bond, de *El herrero de aldea* de Longfellow, a continuación de la castellana, por Rafael Pombo:

*Hanc casulam subter, quam fagi amplectitur umbra,  
Rusticus exsequitur munia dura faber...*

Sábase también que Bond tradujo en versos latinos el soneto *Night* de J. M. Blanco White: cfr. GÓMEZ RESTREPO, *Historia de la literatura colombiana*, tomo IV, Bogotá, 1946, pág. 176. En un ejemplar de la *Institutio grammatica* del P. Alvarez (Roma, 1860) que perteneció a Rufino José Cuervo (signatura actual: Fondo Cuervo, núm. 1843) y hubo de ser regalo de Bond, se leen manuscritos estos dísticos del donante:

*Noli admirari tibi iucundissime (sic) caeco  
De tumulo memorem mittere dona manum.  
Carus eras vivo, fas credere carior illic  
Qua melius falsis cernere vera licet.  
XII Kal. Nov. MDCCCLXXVI. SAMUEL BOND.*

Por Bond fueron dictadas — según es fama — las inscripciones latinas que se leen en el Cementerio Inglés de Bogotá: pueden verse reproducidas en ROBERTO CORTAZAR, *Monumentos, estatuas, bustos, medallones y placas conmemorativas*

Por sobre todas debe destacarse el magisterio del doctor Tobar, que a su mérito intrínseco une valores afectivos nada despreciables y que se ejerce en la edad más propicia para el moldeamiento de la inteligencia y del carácter. "A mi abuelo le debo lo poco que sé", declarará Caro, ya sexagenario, en memorable ocasión". Con Tobar aprende el latín vivo, junto con el idioma materno, ama a los clásicos, adquiere el sentido de la justicia y del derecho. En esta enseñanza puede verse la tradición del humanismo neogranadino, que se transmite de manos de un representante de la antigua escuela a las del propugnador del clasicismo en los tiempos nuevos. La continuidad del desarrollo cultural queda asegurada en la comunicación familiar, pese a la desorientación reinante en la sociedad. Acaso del hecho anotado nace en Caro su decidido tradicionalismo, que es uno de los aspectos de su carácter y de su sistema.

La obra humanística de Miguel Antonio Caro se reparte en cuatro grandes secciones: la colaboración en la *Gramática de la lengua latina*, las traducciones de autores romanos, los comentarios a éstos y los trabajos críticos sobre temas de literatura clásica, y la producción latina en verso y en prosa. En tales labores, aunque iniciadas todas desde la juventud, se observa una gradación ascendente y hasta cierto orden cronológico, pues la primera se remonta a 1867; la segunda culmina con las versiones virgilianas (1873-1876); la tercera es anterior, en su mayor parte, a 1890, y la última, que es la más constante, se prolonga hasta las postrimerías de la existencia del autor y recibe entonces nuevo impulso y nuevos cuidados de su mano aún firme.

---

*existentes en Bogotá en 1938*, Bogotá, 1938, págs. 475-476. MARCO FIDEL SUAREZ, *Don Miguel Antonio Caro*, en *Anuario de la Academia Colombiana*, tomo II (1910-1911), Bogotá, 1911, pág. 251, refiere la siguiente anécdota acerca de Caro y Bond: "Discutían sobre la propiedad de cierta expresión puesta por Bond en una inscripción latina, lo cual sucedía en los últimos días del profesor inglés; y cuando, ya en el penúltimo, se acordó éste del pasaje horaciano que abonaba su expresión, se apresuró, casi moribundo, a enviar ese pasaje a su joven y no menos sabio amigo. ¡Así de consciente y esmerado era el culto que esos hombres rendían a la literatura!".

<sup>9</sup> Vid. VICTOR E. CARO, *La juventud de don Miguel Antonio Caro*, cit., pág. 8.

La *Gramática de la lengua latina para el uso de los que hablan castellano*, y singularmente la parte sintáctica, que es la más original, constituye la aportación de Caro al estudio de la estructura gramatical de la lengua madre<sup>10</sup>. Con ella quiso prestar un servicio a la enseñanza, al propio tiempo que trataba él mismo de organizar sus conocimientos y de adquirir pleno dominio del instrumento lingüístico con que habría de trabajar tanto, ora para penetrar el sentido de las obras literarias, ora para expresar sus propias ideas y sentimientos.

En 1861, a los diez y ocho años de edad, tradujo, "con los bríos de la primera juventud y con la leche de la retórica" — según dice él mismo —, el segundo libro de la *Eneida*, que a la vuelta de pocos meses tuvo terminado. Ocho años después se aplicó de lleno a interpretar a Virgilio. Principió su trabajo en agosto de 1869 y lo terminó, tras tesonero empeño, en julio de 1875<sup>11</sup>. En 1873 dio a luz dos tomos con

<sup>10</sup> En esta sección pueden entrar algunos estudios lingüísticos como el *Tratado del participio* (1870: en *Obras completas*, tomo V, págs. 23-100), escrito con ocasión de cotejar el giro latino con el castellano; como las *Notas y Apéndices a los Principios de la ortología y métrica de la lengua castellana* por Andrés Bello (1882: en *Obras completas*, tomo V, págs. 357-431: véase lo referente al *Acento etimológico*); como el *Contradiálogo de las letras* (*Obras completas*, V, 137-233); como el *Afrancesamiento en literatura* (*Obras completas*, II, 18-35); los cuales, aunque directamente estudien hechos del castellano, contienen importantes y frecuentes indagaciones y observaciones sobre el latín.

<sup>11</sup> En su tarea no sigue estrictamente el orden de los libros virgilianos. He aquí en detalle el orden de la traducción, de acuerdo con una nota tomada de un libro de apuntes del traductor y publicada por V. E. CARO, *Bibliografía*, etc. cit., págs. 9-10: *Traducción de la Eneida*: Libro II, 1861-1862. Libro I, 1869, agosto 1<sup>o</sup> — septiembre 30. Libro IV, 1870, febrero 1<sup>o</sup> — marzo 23. Libro III, 1870, abril-junio. Libro V, 1870, noviembre 3 — diciembre 31. Libro VI, 1871, febrero 1<sup>o</sup>; se suspendió por algún tiempo; concluyóse en agosto 1<sup>o</sup> del mismo año. Libro VII, 1872, septiembre; suspendióse; se concluyó en 1873. Libro VIII, 1873. Libro X, 1874, junio, fin. Libro XII, 1875. *Traducción de las Geórgicas*: se empezó, por el libro I, el 3 de noviembre de 1870, pero se suspendió inmediatamente; se continuó en 1871, abril 11; volvióse a suspender; se concluyó en 1873. — No se mencionan los libros IX y XI de la *Eneida*, ni las *Bucólicas*. Es de pensar que éstas fueron traducidas en los años que corrieron entre la versión del libro II de la *Eneida* y los restantes de ese poema. En efecto la traducción de la Egloga I apareció entre las *Poesías de MIGUEL ANTONIO CARO*, Bogotá, Imprenta a cargo de Foción Mantilla, 1866, págs. 58-64, y la de la Egloga IV vio la luz desde enero de 1865 en *La Voz de la Patria* (cfr. *Obras completas*, II, 36-44).

la versión de las *Eglogas*, de las *Geórgicas* y de los seis primeros libros de la *Eneida*, y en 1876 otro con los seis libros restantes<sup>12</sup>. Tuvo el propósito de publicar dos volúmenes más que ofrecieran el texto latino, con introducción y notas, y una

<sup>12</sup> *Obras de Virgilio traducidas en versos castellanos con una introducción y notas* por MIGUEL ANTONIO CARO, 3 vols., Bogotá, Imprenta de Echeverría Hermanos, 1873-1876. Tomo I, 1873, cxix-239 págs., contiene: *Estudio preliminar*, *Eglogas*, *Geórgicas*, *Suplemento*, *Enmiendas* y *variantes*. Tomo II, 1873, 315 págs., contiene los libros I-VI de la *Eneida*. Tomo III, 1876, xxxvi-366 págs., contiene: *Introducción*, libros VII-XII de la *Eneida*, *Corrigenda*. R. J. Cuervo ayudó a su amigo en la revisión de las pruebas de esta edición: en la familia de Caro se conservan las tiras de imprenta corregidas y anotadas por aquél (VICTOR E. CARO, *Introducción a Epistolario de don Miguel Antonio Caro*, etc., cit., pág. VII). Muestras de su trabajo dio a conocer Caro antes de la edición completa: el libro IV de la *Eneida* fue publicado en las *Memorias de la Academia Española*, Madrid, 1871, año II, tomo III, págs. 442-478. La traducción de la *Eneida* fue reimpresa en Madrid, en 1879, en la *Biblioteca Clásica*, tomos IX y X: *Eneida* por PUBLIO VIRGILIO MARON, traducción en versos castellanos por MIGUEL ANTONIO CARO, 2 vols.: el primero (cviii-309 págs.) con los prólogos de Caro, y el segundo (lvii-357 págs.) con un ensayo de MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO sobre *Traductores españoles de la Eneida*. La traducción de las *Geórgicas* se incluyó en el tomo XX de la misma *Biblioteca*: *Eglogas y Geórgicas* de PUBLIO VIRGILIO MARON iraducidas en versos castellanos por D. FELIX M. HIDALGO y D. MIGUEL ANTONIO CARO con un estudio preliminar de D. MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO, Madrid, 1879, lxxv-368 págs. La traducción de Caro ocupa las págs. 79 a 211. El estudio de Menéndez Pelayo versa sobre *Traductores de las Eglogas y las Geórgicas de Virgilio*. Las variantes que en la edición bogotana aparecían en apéndice, en esta madrileña quedaron recogidas, por punto general, en el texto. Pero la reimpresión de la *Biblioteca Clásica* se hizo sin autorización de Caro, quien la halló nada limpia de erratas y se dolió de que no se le hubiera dado oportuno aviso, para que hubiera podido comunicar al editor las enmiendas que tenía hechas a partir de la primera edición, con lo cual la española habría salido mejorada (cfr. *Virgilio en España*, en *Obras Completas*, IV, 156, y *Epistolario*, cit., págs. 197, 204 y 217).

En su traducción Caro trasladó íntegro el texto, incluso los versos sospechosos de interpolación o repetición (vid. *Corrigenda*, en tomo III, pág. 359). En algunos lugares tradujo los versos en el orden que propone Ribbeck, no por parecerle siempre el más probable, sino por facilitar a veces la distribución de las octavas en la versión de la *Eneida*. Las *Bucólicas* están traducidas en variedad de metros: silva, romance heroico, tercetos, endecasílabos rimados según un esquema fijo, endecasílabos sueltos; las *Geórgicas* en silva, con toda la libertad que Caro atribuía a este metro (cfr. *Estudio preliminar*, en tomo I, pág. cxviii); la *Eneida* está en octavas reales. La versión de las *Bucólicas* tiene un total de 1316 versos castellanos, la de las *Geórgicas* un total de 3836 versos, y la de la *Eneida* un total de 1972 octavas (contando la de la introducción apócrifa), es decir 15776 versos, número que comparado con el del original (9897 versos) representa un aumento del cincuenta por ciento. Este exceso, aparte la menor con-

colección de imitaciones y reminiscencias de Virgilio en la literatura castellana de España y América<sup>13</sup>, trabajos que estuvieron concluidos en 1877. Por otra parte, púsose a revisar el texto de la traducción, movido por su característico espíritu de escrupulosidad: ya durante el curso de la impresión fue notando imperfecciones, que dieron lugar a enmiendas y variantes puestas en apéndice a los tomos primero y tercero<sup>14</sup>; después de terminada, introdujo tantas reformas en la traducción, que algunos libros quedaron del todo refundidos, y corrigió y amplió los prólogos; de donde nació en él la idea de una nueva edición de la versión castellana, que preparó esmeradamente<sup>15</sup>. Ni ésta, ni los proyectados tomos de texto y comentario, sin embargo, pasaron nunca a la imprenta en vida de Caro. Póstumos se han editado, al cumplirse el primer centenario de su nacimiento, la traducción definitiva y el estudio preliminar reformado, junto con el comentario al texto latino, la introducción a éste y las concordancias virgilianas<sup>16</sup>.

---

cisión del castellano, se explica suficientemente por la mayor dimensión del exámetro, el cual, según observó el mismo Caro, puede decirse que equivale a un endecasílabo y medio.

Los libros IV de las *Geórgicas* y IV, V, VI y XII de la *Eneida* son los que, por propia confesión del autor, fueron traducidos con más esmero, y por ellos esperaba ser juzgado (cfr. *Epistolario*, etc. cit., pág. 187). En la edición póstuma, según se verá, aparece reelaborada y mejorada gran parte de algunos cantos. Tres fragmentos del libro III de las *Geórgicas* fueron traducidos nuevamente por Caro en tercetos, para incluirlos en su antología *Flos poetarum*, de la cual se hablará (vid. *Obras completas*, I, 365-369).

<sup>13</sup> En el prospecto que se lee al dorso de los dos primeros volúmenes de las *Obras de Virgilio* se anunciaba también la publicación de un tomo VI con los *Poemas menores* atribuidos al Mantuano, otros suplementos y un Índice, si hubiera suscripciones suficientes a cubrir el costo.

<sup>14</sup> Vid. *Suplemento*, en tomo I, págs. 229-239, y *Corrigenda*, en tomo III, págs. 359-366.

<sup>15</sup> La necesidad de una segunda edición era reconocida por Caro ya al terminar la primera: "Muchas son las enmiendas que el autor de esta traducción ha hecho en los tomos hasta aquí publicados, menos para compiladas en un Apéndice, que para incorporadas en una nueva edición cuando llegue el caso de emprenderla" (*Obras de Virgilio*, III, 359).

<sup>16</sup> *Obras de Virgilio traducidas en verso castellano con introducción y comentario crítico y explicativo* por MIGUEL ANTONIO CARO. Segunda edición colombiana, hecha sobre los manuscritos, inéditos en parte, del autor, 2 vols., Bogotá, Editorial de la Librería Voluntad S. A., 1943. Tomo I (*Eglogas-Geórgicas*), LXVII-358 págs., contiene: *Una nueva traducción de Virgilio*, por RUFINO JOSÉ

## La traducción de Caro fue saludada en su día por la crí-

CUERVO (a guisa de prólogo, págs. VII-XXXII), *Advertencia de los editores* (XXXIII-XXXIV), *Discurso preliminar* (XXXV-LXVII), *Eglogas*, con una *Introducción* (1-63), *Geórgicas*, con una *Introducción* (65-187), *Comentario* a estas dos obras (189-317) y *Concordancias virgilianas: imitaciones y reminiscencias de Virgilio, lugares paralelos y traducciones ocasionales sacadas de poetas castellanos* (319-356). Tomo II (*Encida*), 578 págs., contiene *Introducción* (7-35), traducción de la *Encida* (37-538), *Comentario* (539-572) y un *Apéndice* (573-575). La edición, elegante y esmerada, fue hecha por cuenta del Ministerio de Educación Nacional y dirigida, a nombre de la Academia de la Lengua, por D. Víctor E. Caro y el P. José J. Ortega Torres S. S. Se realizó, según advierten los editores, "íntegramente sobre los manuscritos inéditos que para ella dejó el señor Caro y que conserva su familia". En esta edición aparecen traducidas de nuevo las Eglogas II, IV y VI y gran parte de las Eglogas VIII (tal como fue publicada en la colección de *Traducciones poéticas*, Bogotá, 1889, págs. 46-52) y IX, y de los libros I y II de la *Encida*. Muchos otros pasajes de este poema han sido retocados. Como se ve sufrieron una más radical transformación los primeros cantos traducidos. La nueva versión es generalmente más literal, más fiel; a veces extiende un poco, en beneficio de la claridad, lo traducido primitivamente con excesiva concisión, rayana en obscuridad; así, por ejemplo, en el libro I de la *Encida* se ha aumentado una octava. El *Estudio preliminar* del tomo I y la *Introducción* al tomo III de la primera edición están totalmente refundidos, muy renovados y ampliados, y distribuidos en tres estudios, que preceden a cada una de las obras de Virgilio. La *Introducción* a las Eglogas es del todo nueva. El *Discurso preliminar* que encabeza los dos tomos de la segunda edición, inédito hasta el momento de ver en ella la luz, es propiamente introducción al texto latino y al comentario y se propone dar una idea general del estado en que se hallaban, en el momento de escribir nuestro autor, los trabajos especiales sobre Virgilio, y declarar, al propio tiempo, la naturaleza del trabajo a que antecede. Divídese en tres secciones: *Restauración del texto; Interpretación — Crítica gramatical, literaria y científica; Nuestro comentario — Ojeada a los estudios clásicos en España*. El comentario al texto de las obras virgilianas, muy rico sin ser farragoso, contiene las conjeturas sobre lugares dudosos del texto, las citas de pasajes paralelos de los clásicos antiguos, y, en lo demás, es principalmente explicativo y gramatical. Es la parte de la obra en que el autor puso mayor empeño, sin que por ello deje de ofrecer ciertas lagunas, pues al parecer los mss. en que quedó no son redacción definitiva. Las *Concordancias virgilianas* con autores castellanos fueron ordenadas separadamente por no embarazar el curso de las notas. El texto de Virgilio que Caro tuvo el propósito de editar con sus comentarios estaba basado en el de Wagner y el de Conington; pero el editor bogotano seguía su propio dictamen en la puntuación y "en algunos de aquellos lugares en que estando en desacuerdo los mejores manuscritos, unos editores prefieren una lección y otros otra" (*Discurso preliminar*, I, LIX). Al publicar los comentarios de Caro, se prescindió del texto latino, por dificultades de orden material. No habría carecido, sin embargo, de interés conocer las lecciones seguidas por Caro y su puntuación en ciertos pasajes. Ocurre finalmente una duda: ¿pensó realmente Caro en publicar (como lo dicen los editores de esta segunda edición, tomo I, pág. LIX n.) en un solo cuerpo el texto, el comentario y la traducción revisada? No hay duda de que tuvo el propósito de dar a la estampa tanto una

tica como la mejor existente en lengua castellana<sup>17</sup>. Virgilio,

segunda edición de su traducción, con las enmiendas hechas a partir de la primera, como el texto virgiliano con las respectivas notas. Pero ¿tales trabajos deberían ir juntos, como aparecen en la edición de 1943? Sabido es que el proyecto de Caro de editar el texto latino comentado fue anterior al de reimprimir la traducción, como que era continuación y parte de la misma primera edición de las *Obras de Virgilio*. El de reeditar la versión, en cambio, sólo pudo tomar forma a medida que fueron reconociéndose los defectos de aquella primera edición. De manera que los dos intentos fueron originariamente independientes. ¿Se fundieron después en uno solo? Esto afirma, en carta privada, que me dirige, uno de los editores, el P. José J. Ortega Torres, de acuerdo con los datos oídos a Víctor E. Caro, hijo del traductor. Con todo, el *Discurso preliminar* que va al frente de la edición de 1943 no hace referencia alguna a la traducción, sino únicamente al texto y a los comentarios, para los cuales, como se ve, fue escrito.

<sup>17</sup> Tal la consagró MENENDEZ Y PELAYO en repetidas ocasiones: cfr. *Traductores españoles de la Eneida*, en *Biblioteca Clásica*, tomo X, pág. XLIX; *Traductores de las Elogias y las Geórgicas de Virgilio*, en *Biblioteca Clásica*, tomo XX, págs. LXII-LXV; *Horacio en España*, I, 198, II, 280; *Historia de la poesía hispano-americana*, tomo II, Madrid, 1913, pág. 38. En carta de 6 de abril de 1879 (*Epistolario*, cit., pág. 193), dice: "Tengo resueltamente la traducción virgiliana de usted (mirada en conjunto) por la más bella que poseemos en castellano, y creo que con algunos retoques en la segunda edición, quedará perfectísima". Bien puede decirse hoy que, con las reformas que han aparecido en la edición póstuma, perfectísimo, en consonancia con aquellos votos, ha quedado el trabajo de Caro.

Véanse además los juicios de RUFINO JOSÉ CUERVO, *Una nueva traducción de Virgilio*, en *Antuario de la Academia Colombiana*, Bogotá, 1874, I, 213-238 (reproducido en *Escritos literarios de RUFINO JOSÉ CUERVO*, Bogotá, 1939, págs. 25-51, y al frente de la 2ª ed. de las *Obras de Virgilio*); de JUAN MARIA GUTIERREZ, *Virgilio en América*, en *Revista del Río de la Plata*, 1º de febrero de 1875; de ENRIQUE PIÑERO, en *Estudios y conferencias de historia y literatura*, Nueva York, 1880 (reproducido en *Antuario de la Academia Colombiana*, tomo X, 1943, págs. 430-434); de FEDERICO GONZALEZ SUAREZ, *Estudios literarios (Virgilio)*, Quito, 1909, caps. v-x, págs. 105-278. Constituye éste el estudio más extenso y detenido que se ha hecho hasta ahora de las traducciones carinas. Reafirma, en conjunto, varios años después de emitidos los primeros juicios, cuando ya se habían publicado nuevas traducciones, la opinión de que aquéllas — en particular la de las *Geórgicas* — son las mejores en la literatura española (vid. pág. 267). Es un análisis inteligente y pormenorizado de la versión de Caro confrontada con el original: compara varios pasajes de cada obra, y de diferentes libros, preferentemente los episodios que forman, por sí mismos, un cuadro poético completo. La crítica tiene tanto más valor por cuanto no escatima los reparos y censuras: lo cual da realce a los elogios y prueba cuán imparcial fue el procedimiento. Es curioso observar cómo pasajes tachados por González Suárez fueron corregidos por Caro, con mucha anterioridad, en su versión definitiva, que guardó inédita hasta la muerte y hoy es del dominio público. Y viene a ser esta circunstancia prueba de la escrupulosidad y deseo de perfección del traductor, no menos que del acierto y tino con que el docto arzobispo quitense revisó la

no obstante los numerosos intentos hechos a partir del marqués de Villena, reclamaba una buena y completa versión poética en español. La traducción de la *Eneida* por Hernández de Velasco, la más aceptable de todas, por las buenas partes que la realzan, deja, con todo, mucho que desear. No fue pues temeridad la del bogotano concebir el propósito de re-interpretar los poemas virgilianos, en un alarde de ciencia y arte, rivalizando con antecesores ilustres, a quienes nunca menospreció, sino, por el contrario, reconoció sus méritos y juzgó con equidad y hasta benevolencia, conecedor de las dificultades de la empresa en que ellos le habían precedido<sup>18</sup>. Aprovechando con inteligente criterio la experiencia de quienes habían recorrido el mismo camino y los adelantamientos de la filología para una más exacta comprensión del texto, con sus excepcionales capacidades para tal clase de trabajo supo levantar el monumento más grandioso que escritor alguno de habla hispana haya erigido al máximo vate de Roma. Se revela Caro latinista eminente, intérprete fiel, versificador habilísimo, hablista y estilista consumado y gran poeta. En la inteligencia del texto no se desvía del recto sentido. En pasajes discutidos es verdadero intérprete, a quien puede seguirse para penetrar el pensamiento del autor<sup>19</sup>. Su traducción reposa sobre una ancha base de consulta y estudio, sobre extensos conocimientos lingüísticos, históricos y arqueológicos<sup>20</sup>. La fidelidad no es extremada — infidelidad extrema —, sino hábil y eficaz reproducción de los rasgos y efec-

---

traducción bogotana, descubriendo con ojo avezado precisamente los lugares más necesitados de enmienda. Por lo demás, un análisis concienzudo y comparativo como el que nos ocupa, al señalar las dificultades que no han podido ser vencidas o han sido débilmente afrontadas, sirve para poner de presente cuán numerosas son las que implica una traducción — del latín y de Virgilio —, y aumenta en el profano la admiración por quien tantas supo resolver felizmente.

<sup>18</sup> "Si se me obligase — decía — a optar entre los juicios extremos relativos a Velasco, me inclinaría a la alabanza, nunca al menosprecio" (*Virgilio en España*, en *Obras completas*, IV, 113).

<sup>19</sup> Ejemplos de interpretaciones propias de Caro (así como de interpretaciones falsas rechazadas por él, de acuerdo con la filología moderna) trae CUERVO, *Una nueva traducción de Virgilio*, en *Estudios literarios*, cit., págs. 46-47.

<sup>20</sup> Muy notable es la colección de ediciones, comentarios, traducciones, ensayos, etc., sobre asuntos virgilianos que Caro logró reunir en su biblioteca particular, hoy en la Nacional de Bogotá.

tos del original, en una forma ágil y desembarazada, que se amolda a los giros y modismos del texto, de donde sale a menudo la traducción tan ajustada como pudiera serlo en fidelísima prosa, sin que el mismo traductor sepa cómo ello suceda<sup>21</sup>. Numerosa, sonora, libre, gallarda, fácil casi siempre, exquisita en momentos culminantes, la versificación<sup>22</sup> corre con el caudal crecido del idioma castellano en toda su riqueza y vigor<sup>23</sup>. El lenguaje es puro, copioso, galano, revestido con el brillo de los siglos de oro, esmaltado con frases de los clásicos españoles<sup>24</sup> y con no escasos arcaísmos y latinismos, que son otras tantas adquisiciones y dan aspecto nuevo a la par que antiguo a esta traducción<sup>25</sup>. De allí resulta ese carácter

<sup>21</sup> Cfr. *Estudio preliminar*, en *Obras de Virgilio*, 1ª ed., I, cv.

<sup>22</sup> No ha habido acaso en la literatura colombiana quien aventaje a Caro como versificador, tanto por el número y variedad de versos y combinaciones estróficas que usó, como por su conocimiento teórico y práctico de la técnica del verso. Esta materia, tan estrechamente relacionada con el arte de traducir, era para él objeto de observación científica y experimental, según lo comprueban sus ensayos sobre temas métricos. Después de Castellanos es quizá el que compuso mayor número de versos, con la ventaja de que los suyos son todos buenos y bien medidos: la sola traducción de Virgilio alcanza, como se ha visto, a más de veinte mil versos, a los que hay que agregar los tres volúmenes de *Obras poéticas* originales y los de traducciones varias (*Flos poetarum*, *Traducciones poéticas*, *Sonetos de aquí y allí*, *Poesías de Sully Prudhomme*).

<sup>23</sup> "... en su obra se encarna todo el período corrido desde Garcilaso hasta hoy, es decir, la lengua castellana en su virtual copiosidad y elegancia" CUERVO, *Una nueva traducción de Virgilio*, en *Estudios literarios*, cit., pág. 47.

<sup>24</sup> *Estudio preliminar*, en *Obras de Virgilio*, 1873, I, xcvi-xcviii. "Para traducir pues — dice en otra parte — al épico romano con perfecta correspondencia de lengua a lengua y de literatura a literatura ha de tomarse por tipo el habla clásica del siglo xvi-xvii, pero sin desdeñar en el lenguaje perlas de la edad anteclásica (como recogía Virgilio las de Enio), ni tampoco en la métrica y construcción algunas buenas novedades posteriores, al modo que el propio Virgilio usó de un exámetro, ante el que los de Lucrecio mismo parecen embrionarios... Un lenguaje épico aumentado con modos de decir de dramáticos, como Calderón, y aun de prosadores como Mariana, y una versificación enriquecida con todas las elegancias del arte se requerirían para traducir dignamente a Virgilio" (*Del metro y la dicción en que debe traducirse la epopeya romana*, en *Obras completas*, II, 231-232).

<sup>25</sup> Cfr. *Estudio preliminar*, cit., I, xciii. Acerca de la nota de anticuados que algunos pusieron al estilo y lenguaje empleados por Caro, cfr. *Del metro y la dicción*, etc. cit., II, 229 y sigs. Hoy es tenido el propósito arcaizante de Caro como "una de las virtudes más atractivas" de su traslación (ANTONIO FORERO OTERO, *Caro traductor de Virgilio*, en *Revista de las Indias*, núm. 69, 1944, XXII, 123).

noble, regio, cuasi sacro del estilo, tan propio para imitar la majestad virgiliana y que contribuye no poco a conservar el encanto del poema romano. En toda la traducción Caro se desempeña, a la vez que como humanista de escuela, como poeta de estro, sentimiento y gusto: "comprendió al poeta, y, al traducirlo, fue poeta"<sup>26</sup>. Tanta fuerza y vitalidad tiene su trabajo, tanta novedad y lozanía, tanto calor de inspiración, tanta soltura de formas, tan asimilado presenta el original, que, con prescindencia de los aciertos interpretativos, se recomienda como obra de arte en sí misma, que enriquece las letras castellanas<sup>27</sup>.

El metro en que está traducida la *Eneida* — la octava real — ha sido objeto de discusión. Por lo general la crítica se pronunció en contra de la escogencia hecha, alegando que tal estrofa menoscaba la fidelidad de la versión, recortando la libertad del traductor y obligándole a parafrasear con perjuicio de la concisión, y altera fundamentalmente el ritmo del texto latino, por la gran diferencia que existe entre ella y el exámetro<sup>28</sup>. Para Caro el asunto no ofreció duda. No vaciló en

<sup>26</sup> GONZALEZ SUAREZ, op. cit., pág. 273.

<sup>27</sup> ANTONIO RUBIO Y LLUCH, *Semblanza de D. Miguel A. Caro, en Estudios hispano-americanos*, cit., pág. 26, considera que las "traducciones poéticas de Caro forman parte integrante de su tesoro de inspiración original; son como su complemento necesario, y alcanzan a veces un mérito de creación igual al primero".

<sup>28</sup> ENRIQUE PIÑEYRO encabezó las críticas en artículo publicado en el *Mundo Nuevo*, Nueva York, 10 de octubre de 1874. MENENDEZ Y PELAYO en su noticia sobre *Traductores españoles de la Eneida*, cit., que antecede al tomo X de la *Biblioteca Clásica*, estima "vicio capital" de la traducción de Caro el estar en octavas; y en cartas privadas al traductor lamentaba que hubiera preferido la octava real al verso suelto (*Epistolario*, cit., pág. 193). Pero es curioso observar cómo el mismo Menéndez que así censura a Caro, se duele en otra parte del opúsculo sobre *Traductores de la Eneida* (*Bibl. Clásica*, X, XIX) de que Hernández de Velasco no hubiera traducido toda la *Eneida* en octavas, y no solamente los discursos y narraciones. GONZALEZ SUAREZ, *Estudios literarios*, etc. cit., pág. 135, considera que Caro habría "traducido mucho mejor la *Eneida*, si hubiese preferido para su traducción una combinación métrica más holgada, menos ceñida a las exigencias de la rima, que la octava real", y que acaso habría sido "más acertado traducir en verso libre y en octavas reales, como lo hizo Hernández de Velasco" (pág. 117). FERNANDO DE LA VEGA, en *Ratos de estudio*, etc. cit., págs. 236-237, cree que mucho habría ganado la *Eneida* si Caro hubiera adoptado el romance endecasílabo, ese mismo que Menéndez Pelayo estimó "desdichado para trabajos de esta índole, pues ni tiene las ventajas de la rima (al paso que reúne

perder el trabajo del primer libro, que tenía puesto en endecasílabos libres como las *Geórgicas*, rehacer lo escrito y arrosstrar las grandes dificultades que impone el verter en octava rima toda la *Eneida*, con tal de “levantar el tono a la altura de la materia”<sup>29</sup>. En su entender la cuestión del metro estaba definida: “el que cuadra a la *Eneida* lo mostraron ya los Homeros italianos y españoles”<sup>30</sup>. No desconocía los inconvenientes que proceden de tal forma; pero tenía la confianza de haberlos superado airoosamente<sup>31</sup>. Ante las críticas ordenó y expuso sus razones en el bien meditado ensayo *Del metro y la dicción en que debe traducirse la epopeya romana* (1875)<sup>32</sup>. No habiéndose aclimatado en castellano — dice — un verso que equivalga exactamente al exámetro latino, el endecasílabo, análogo en sus cortes, es el más propio para reproducirlo; pero, siendo de menor longitud y de más fácil estructura y composición, resulta inferior a aquél en la poesía épica, por lo cual requiere, para competir dignamente, el refuerzo de la rima y el ensanche de la estrofa. Esta suple la falta de extensión suficiente, prestando al verso la apariencia de la mayor amplitud que ella tiene y produciendo un ritmo auxiliar al del verso mismo. La octava, “simétrica pero no complicada,

---

todos sus inconvenientes), ni la soltura y clásica gallardía del verso suelto” (*Traductores españoles de la Eneida*, cit., en *Bibl. Clásica*, X, xxx). Para CUERVO el empleo de la octava no fue motivo de censura, sino más bien de admiración (*Una nueva traducción de Virgilio*, en *Estudios literarios*, cit., págs. 32 y 44). Defiende la adopción de la octava ALFONSO ROBLEDO, *Don Miguel Antonio Caro y su obra*, etc. cit., pág. 90.

<sup>29</sup> Vid. *Estudio preliminar*, en *Obras de Virgilio*, 1873, I, civ.

<sup>30</sup> *Ibid.*, pág. cxix.

<sup>31</sup> *Ibid.*, págs. civ-cv.

<sup>32</sup> *Obras completas*, II, 223-233. Al apremiar a Caro para que publicara sus notas sobre el metro que más conviene para la traducción de los poemas clásicos, decíale MENENDEZ Y PELAYO: “Ya sabe usted que soy partidario ciego del endecasílabo suelto, y que sólo a usted le perdono el haber empleado las octavas. La cuestión merece dilucidarse, pesando bien el pro y el contra. Usted puede hacerlo como nadie” (*Epistolario*, cit., pág. 203). Téngase en cuenta que, cuando Caro expuso sus ideas, poco se había adelantado en la aclimatación de las formas métricas grecolatinas en castellano; por lo cual en su estudio no hay referencia a estos puntos. Hoy la cuestión parece superada, gracias a los felices resultados de adaptación de los metros clásicos a las lenguas modernas, incluso el castellano; o, de revivirse, se plantearía en términos distintos: no ya entre verso libre y octava rima, sino entre los metros geniales del romance y los que, siguiendo un sistema silábico acentual, imitan de cerca los griegos y latinos.

grave pero flexible”, ofrece la combinación rítmica más feliz para la epopeya, consagrada por el uso de los épicos modernos: “el ritmo estrófico de la octava imita el métrico del exámetro, porque así como este verso se divide en dos hemistiquios que se equilibran y combinan con cierta libertad, y un final adónico, siempre el mismo, así la octava se divide también regularmente en dos partes, mediante una pausa principal, y concluye con un pareado invariable”. De donde resulta que “la repetición de muchas octavas deja en el oído un eco análogo a la repetición de muchos exámetros”. En cuanto a la cuestión de la fidelidad, sostiene el traductor, con ejemplos de su propio trabajo, que “es posible reducir a octava rima, guardando rigurosa fidelidad, largas tiradas de exámetros”; aún más, afirma que la octava, como metro laborioso, favorece en cierto modo la fidelidad y perfección del trabajo, obligando al intérprete a trabajar más a espacio. Que si de concisión se trata, él con su octava, “difícil como el exámetro, y como él agradecida”, ha sabido verter un mismo trozo en menor número de versos que otros en endecasílabos sueltos<sup>33</sup>. A estos razonamientos puede agregarse que el cambio de metro acentúa la diferencia de tono entre la poesía pastoril de las *Bucólicas* y la didáctica de las *Geórgicas*, por una parte, y la épica de la *Eneida*, por otra. La adopción de metro tan exigente supone, simultánea al traslado idiomático, la construcción de una forma enteramente nueva, casi la creación de un nuevo poema. Si el vencimiento de la dificultad, como se ha dicho, constituye uno de los encantos de la poesía, la traducción de Caro ofrece esta cualidad en grado superlativo, por el desembarazo y la elegancia con que se mueve entre las trabas de la métrica. Si en algo estuvieron acordes todos los críticos, fue en alabar las octavas de Caro como de las más perfectas que puedan hacerse<sup>34</sup>: ellas solas desvane-

<sup>33</sup> “Ni es favorable el verso suelto a la concisión del estilo. Sin el freno saludable de la rima, la versión del libro I de la *Eneida* por Ventura de la Vega tiene 1216 versos endecasílabos por 756 exámetros. Otros, en verso rimado, le han trasladado, bien o mal, en menor número de líneas” (*Virgilio en España*, en *Obras completas*, IV, 150). No se refiere a otro que a sí mismo: su traducción del libro I tiene 1184 versos.

<sup>34</sup> CUERVO, *Una nueva traducción de Virgilio*, en *Estudios literarios*, etc. cit., pág. 32, dice de las del libro IV que “recuerdan las mejores de Valbuena y

cen las objeciones presentadas contra la elección de la estrofa<sup>35</sup>, pues demuestran cuán bizarramente puede vaciarse la epopeya clásica en el molde de las modernas. Por lo demás, Caro recusó desdeñosamente a quienes condenaban de manera absoluta en su obra la escogencia del metro más artificioso y más autorizado, así como el empleo de arcaísmos y, en general, su sistema de traducir, de cuya verdad y conveniencia dijo tener cabal certidumbre<sup>36</sup>.

El culto de Virgilio no le hizo olvidar a los demás poetas latinos, en cuyas obras cosechó abundantemente. Tradujo a Catulo, Lucrecio, Tibulo, Propercio, Pseudo-Galo, Ovidio, Horacio y Lucano, y los reunió en una nutridísima colección, a la que puso por título *Flos poetarum*<sup>37</sup>. Breves traslados de

---

Rcinoso". MENENDEZ Y PELAYO, *Epistolario*, etc. cit., pág. 193, reconoce que los inconvenientes de la octava "están vencidos con envidiable maestría". GONZÁLEZ SUÁREZ, a vueltas de condenar la adopción de la octava por parte de Caro, no hace sino elogiar las de su *Encida*: "Las octavas de la traducción del señor Caro son buenas y esmeradamente trabajadas: la rima, natural, no rebuscada; los versos, bien medidos; algunos sonoros y armoniosos" (op. cit., pág. 117); "las octavas se van sucediendo unas a otras con una soltura y con una gallardía, que deleita el ánimo y lo encanta" (pág. 163); y cfr. págs. 145, 161, etc. PIÑERO admite que "la obra toda tiene un carácter tranquilo, sereno, suficientemente noble, que a la larga encanta y fascina", en lo cual descubre Caro, que lo cita (*Del metro y la dicción*, etc. cit., en *Obras completas*, II, 224), "el efecto que produce en la imaginación y el oído la marcha de la octava justamente llamada real".

<sup>35</sup> Cfr. CUERVO, loc. cit.

<sup>36</sup> Aceptaba sí que los entendidos particularizaran sus críticas y señalaran como defectuoso tal o cual pasaje, y a su dictamen estaba dispuesto a someterse sin reclamar indulgencia; pero rechazaba las sentencias globales e irrazonadas: "si uno de los profanos que con tanta frecuencia usurpan las funciones del crítico, condena en la misma traducción, en términos absolutos, el uso del metro más difícil y artificioso, así como el más autorizado para la epopeya, y el empleo de arcaísmos, las decisiones del juzgador, como incompetente, dejarán al traductor sin cuidado" (*Introducción a Traducciones poéticas*, Bogotá, 1889, pág. xxii). En el estudio *Del metro y la dicción*, etc. cit., en *Obras completas*, II, 230, refiriéndose al uso del arcaísmo, declara: "Desconfío de mí mismo y puedo muy bien en algunos casos no haber acertado en la aplicación del sistema que me he propuesto pero no acepto crítica alguna contra el sistema mismo, de cuya verdad y conveniencia tengo cabal certidumbre".

<sup>37</sup> Apareció póstuma como tomo I de las *Obras completas*, Bogotá, 1918. Contiene 223 poesías y fragmentos de los autores arriba mencionados. De Catulo están vertidos 35 *Carmina* y de Lucrecio 4 fragmentos (I, 1-102; II, 1-60; IV, 1-25, 223-239). Tibulo (inclusos Lígdamo y Sulpicia, aunque sin referencia a ellos) está prácticamente completo, con 35 Elegías repartidas en los cuatro libros

## Marcial, Ovidio y Séneca se encuentran en otros de sus li-

tradicionales, pero omitidas la 7ª del libro III y la 1ª del IV (*Panegyricus ad Messalam*). De Propercio aparecen 29 Elegías; del Pseudo Galo un fragmento (*Non fuit Arsacidum*); de Ovidio 17 composiciones, a saber 6 Elegías de los *Amores*, 9 de las *Tristes*, 1 fragmento de las *Metamorfosis* (I, 452-599) y 1 de los *Remedia amoris* (V, 169 y sigs.); de Horacio 71 Odas (35 del libro I, 17 del II, 11 del III, 8 del IV), 2 Epodos (II y VII), el *Carmen saeculare*, la Sátira VI del libro II, 21 Epístolas (todas las del libro I, con excepción de la 12; la 1ª del libro II y la *Ad Pisones* o *Arte Poética*, en el mismo número de versos del original), es decir, en total, 96 composiciones (y no 60, como, por error, dice LOPEZ DE MESA, *Miguel Antonio Caro y Rufino José Cuervo*, etc. cit., pág. 365); de Lucano 3 fragmentos (I, 121 sigs., III, 399 sigs., IV, 746 sigs.). Incluye también 3 fragmentos de Virgilio (*Georg.*, III, 73-94, 179-201, 457-527), nuevamente traducidos, en tercetos. Las Epístolas de Horacio, y especialmente el *Arte Poética*, tienen comentario (págs. 339-361). En *Las cien obras maestras de la literatura y del pensamiento universal*, colección publicada por la Editorial Losada, bajo la dirección de Pedro Enríquez Ureña, se han reproducido muchas de las traducciones horacianas de Caro: 41 de las *Odas* (en HORACIO, *Odas y epodos*, Buenos Aires, s. a. [1939]) y 19 de *Sermones* (en HORACIO, *Sátiras y epístolas*, Buenos Aires, s. a. [1940]); es el autor de quien se ha tomado el mayor número de versiones. En AGUSTIN MILLARES CARLO, *Manual antológico de literatura latina*, México, 1945, se recogen las traducciones carinas de cinco Odas (I, 11, 18, 37; II, 14; III, 30) y dos Epístolas (I, 10 y 13).

Las traducciones que forman esta colección son obra de muchos años, pero en especial de los de la juventud de Caro. Es seguro que desde antes de los veinte, a la vez que se esforzaba por vaciar en octavas los primeros libros de la *Eneida*, estuvo traduciendo a Horacio y a los demás poetas latinos. En 1866 tenía ya un centenar de tales traducciones (contando entre ellas un libro de la *Eneida*, el *Arte Poética* y otras de extensión), según lo dijo en la *Advertencia* a sus *Poesías* (Bogotá, 1866), donde dio a conocer cuatro muestras: el *Qualem ministrum fulminis* (IV, 4) de Horacio, la Egloga I de Virgilio, la Elegía II del libro I de Propercio y el *Lugete, o Veneres* (Carm., 3) de Catulo. Pensaba entonces titular su obra *Biblioteca poética latino-hispana*. Pero ya para 1878 tenía determinado que su colección, en caso de publicarse, llevara el título de *Flos poetarum*, según resulta de carta del 4 de diciembre de ese año dirigida a Menéndez Pelayo, en que le da cuenta de su inédito trabajo (cfr. *Epistolario*, etc. cit., pág. 187). En otra colección suya, *Traducciones poéticas* (Bogotá, 1889) presentó nuevas muestras de Ovidio, Propercio y Tibulo, y dio como fecha del *Flos poetarum*, que permanecía inédito, los años de 1863-1865 (vid. pág. VIII). Pero es evidente que no podía referirse sino al núcleo inicial de la colección, pues ya tengo dicho que las cien existentes en 1866 con el tiempo fueron dobladas en número, hasta alcanzar el de 223, que es el de las publicadas. Muy pocas, por lo demás, tienen fecha al pie, por lo cual es imposible determinar su cronología; con todo, de las más antiguas parecen ser las de Catulo y Propercio, y de las más recientes algunas *Epístolas* horacianas, en cuya revisión estuvo trabajando alrededor de 1880 (cfr. *Epistolario*, etc. cit., pág. 251). La Epístola 7 del libro I (*Quinque dies*) y el *Arte Poética* estaban traducidas desde 1865.

Con excepción de las muestras dadas a conocer en las *Poesías*, en las *Traduc-*

bros<sup>38</sup>. Todas estas versiones — muchas de las cuales se intentaban por primera vez en castellano — son no menos notables que las de las obras virgilianas, suficientes ellas solas para inmortalizar el nombre de Caro como intérprete de la poesía romana, por la exacta comprensión de los textos y la riqueza de la forma. Es obvio que en un florilegio tan extenso no todas las composiciones pueden tener un mismo mérito, porque no todas han sido trabajadas con igual esmero, ni es siempre posible al poeta adaptarse a diferentes modalidades. Sin embargo admira la facilidad con que Caro, por punto general, se amolda a las condiciones peculiares de cada autor, y es motivo de sorpresa contemplar al vigoroso traductor de Virgilio reproduciendo los acentos delicados y amorosos de los cantores de Delia y Cintia. Lugar principal ocupa en la colección Horacio, del cual se ven traducidos libros casi completos, como el primero de las *Odas* y las *Epístolas*, que son la única parte de la antología adelantada en forma deliberada y sistemática, pues se destinaban, con el comentario ilustrativo, a publicación especial<sup>39</sup>. Horacio es para Caro el amigo y compañero de todas las horas, así como Virgilio es el maes-

*ciones poéticas* citadas y en algunas revistas y periódicos, el material del *Flos poetarum* permaneció inédito hasta después de muerto el autor.

<sup>38</sup> En *Traducciones poéticas* se hallan las versiones de dos epigramas de Marcial, 47 y 96 del libro X, con los títulos de *Vida dichosa* y *Amor patrio* (*Obras completas*, tomo VIII, págs. 62-63; cfr. págs. 365-366. En la edición hecha en vida del autor, 1889, se encuentra sólo la primera). En *Sonetos de aquí y allí* (*Obras completas*, t. VIII, pág. 14; por primera vez en *Poesías*, 1866, pág. 78), hay, vertido en soneto, con el título de *Boreas*, un pasaje de Ovidio (*Met.*, VI, 690-699). En la misma obra (págs. 24-25), y vertidos también en forma de soneto, se leen dos epigramas atribuidos a L. Anneo Séneca, tomados de la *Anthologia veterum Latinorum epigrammatum et poematum* de Meyer (Leipzig, 1835, tomo I, ep. 130 y 137). Otro epigrama de esta colección, según creo, aparece en las *Traducciones poéticas*, con título *Huye amistades* (*Obras completas*, VIII, 64).

<sup>39</sup> La traducción completa de las *Epístolas*, con notas, debía publicarse en la *Biblioteca Clásica* de Madrid. Así lo anunciaba MENÉNDEZ PELAYO en su *Horacio en España*, I, 218. Y Caro, en carta a aquél, fecha 30 de abril de 1883, decía: "Estoy revisando ese trabajo [la traducción de las *Epístolas*] para hacerlo poner en limpio y remitírselo a don Luis Navarro, a quien se lo he prometido para un tomo de la *Biblioteca* que publica" (*Epistolario*, etc. cit., pág. 251). ¿Por qué no se publicaron? No está bien claro el motivo; porque, si bien Caro creyó que Navarro había prescindido de su traducción, para editar en cambio la de Burgos (cfr. *Epistolario*, pág. 268), el editor posteriormente le reiteró, por conducto de Menéndez, el deseo de publicarla (*ibid.*, pág. 281). Tampoco sabemos

tro predilecto<sup>40</sup>; comparte con éste el corazón y la devoción literaria del poeta bogotano, cuya obra original está grandemente influida, tanto en lo conceptual como en lo formal, por la del Venusino. Así como máximo traductor de Virgilio, Caro es también el más amplio traductor colombiano de Horacio<sup>41</sup>.

Los latinos modernos otrosí reclamaron su atención, pues trasladó composiciones de Juan Segundo<sup>42</sup>, Vida<sup>43</sup>, Vanière<sup>44</sup>,

---

si la falta de las dos únicas *Epístolas* que no se encuentran en la versión de Caro (la 12<sup>a</sup> del libro I y la 2<sup>a</sup> del II) se debe a omisión del traductor o a pérdida posterior de los manuscritos. En todo caso, no hay duda que el propósito de aquél fue ofrecer una traducción completa y que MENENDEZ PELAYO la dio por "terminada ya" (op. cit., I, 218). Por las muestras que conoció, formó éste juicio más que halagüeño: "reproducen — dijo — más exactamente que las de Burgos, y con sabor más legítimamente horaciano, aquella mezcla de poesía y de llaneza, aquel sentimiento de la naturaleza rústica y del ocio estudioso, aquella madurez de pensamiento desengañado sin ser amargo, aquel sentido común tan poderoso y tan raro, y, por decirlo todo, aquella placidez y suave contentamiento de la vida, que es el mayor hechizo de las epístolas de Horacio, las cuales, bajo cierto aspecto, son poesías más geniales y propias suyas que las odas, y bien merecen campar por sí solas, sin que la vecindad de aquellas otras más populares composiciones las ofusque o dañe" (*ibid.*). Con las *Sátiras*, en cambio, no quiso Caro medirse, por considerar la empresa superior a sus fuerzas (cfr. *Epistolario*, cit., pág. 268), a pesar de lo cual vertió con insuperable gracia la *Sátira* 6<sup>a</sup> del libro II (*Hoc erat in votis*).

<sup>40</sup> Vid. VICTOR E. CARO, *La juventud de don Miguel Antonio Caro*, cit., págs. 25-26, donde se refiere una anécdota muy ilustrativa a este respecto.

<sup>41</sup> Con un total de 96 composiciones vertidas, en las que se incluyen algunas tan largas como el *Arte Poética*, es el que ha traducido mayor número de poesías de Horacio. Posteriormente a él, Pombo tradujo 52 composiciones de Horacio, Arciniegas 92 y Vergara Barros los libros I y II y parte del III de las *Odas*.

Fuera de las traducciones, es testimonio de la admiración de Caro por el venusino el soneto *A Horacio* que se lee entre sus *Poesías* (1866) de juventud (pág. 77), en el cual parafrasea el *Exegi monumentum*.

<sup>42</sup> Vid. *Traducciones poéticas*, en *Obras completas*, VIII, 184-187: *La mies de rosas*, *La templanza amorosa* y *La unión de las almas*. La segunda de estas traducciones ya había sido publicada en *Poesías*, Bogotá, 1866, págs. 64-65. Tales versiones están tomadas del *Basiorum libellus: La mies de rosas* es interpretación del *Basium* I, *La templanza amorosa* del *Basium* IX y *La unión de las almas* del *Basium* XIII (Vid. IOANNIS SECUNDI, *Invenilia*, ed. de Leiden, 1757, págs. 3, 12 y 17).

<sup>43</sup> Vid. *Sonetos de aquí y allí*, en *Obras completas*, VIII, 19-20: *Habitación del poeta* y *Respeto a los poetas*, traslaciones en sonetos de dos pasajes del libro I (v. 487 y sigs. y 497 y sigs.) de los *De arte poetica* del cremonés (vid. MARCI HIERONYMI VIDAЕ, Cremonensis, Albac episcopi, *Opera*, Lugduni, apud Ant. Gryphium, 1578, pág. 443).

<sup>44</sup> Vid. *Sonetos de aquí y allí*, en *Obras completas*, VIII, 17: *La gallina chas-*

Ludovici<sup>45</sup>, Boscovich<sup>46</sup> y León XIII<sup>47</sup>, con miras a formar una segunda parte del *Flos poetarum*, consagrada a los poetas del Renacimiento<sup>48</sup>.

Vertió, por último, con bastante libertad o imitó cánticos y salmos del Antiguo Testamento<sup>49</sup>, himnos y oraciones litúrgicas y pasajes de los Padres<sup>50</sup>.

---

*queada*; y *Traducciones poéticas*, en *Obras completas*, VIII, 175-177: *Recuerdo jilial*. La primera, que lleva fecha 1862, ya había aparecido en *Poesías*, cit., págs. 76-77, y corresponde a un pasaje del libro XII (v. 301 y sigs.) del *Praedium rusticum* del célebre jesuita francés (vid. ed. de París, 1746, pág. 232). La segunda corresponde al final del libro V del mismo poema (v. 664 y sigs.; vid. ed. cit., págs. 111-112).

<sup>45</sup> Vid. *Sonetos de aquí y allí*, en *Obras completas*, VIII, 15: *La sombra*. El autor de los dísticos traducidos, citado por Caro como *Ludovicus*, es el jesuita Domingo Ludovici (1676-1745).

<sup>46</sup> Vid. *Traducciones poéticas*, en *Obras completas*, VIII, 180-183: *El anhelo de la patria*: cfr. nota en la pág. 390. Cfr. también *Epistolario*, etc. cit., págs. 261-262, y *Cartas abiertas a 'Braçe'*, en *Obras completas*, IV, 199-200. Esta traducción fue publicada en la primera edición de las *Traducciones poéticas* (1889), págs. 88-93, y anteriormente había visto la luz en el *Papel Periódico Ilustrado*, Bogotá, año II, núm. 44, 15 de julio de 1883, págs. 322-323.

<sup>47</sup> Vid. *Traducciones poéticas*, en *Obras completas*, VIII, 65-66: *XXXI de diciembre del año del Señor MCM* (versión de la alcaica *A Iesu Christo ineuntis saeculi auspicia*).

Fuera de las que acabo de mencionar, deben recordarse las tres versiones de poesías latinas del P. Manuel José Proaño, realizadas en la primera juventud y ya citadas por mí al hablar del eminente maestro de Caro.

<sup>48</sup> La traducción de Boscovich apareció en el *Papel Periódico Ilustrado*, cit., con la siguiente nota: "Del libro inédito *Flos poetarum*; Parte II: *Poetas del Renacimiento*"; de donde se infiere que esta versión y demás del parnaso latino moderno o renaciente de los siglos XVI-XVIII debían formar un conjunto y entrar en un solo florilegio con las de los clásicos. Mas parece que el proyecto no tuvo realización, pues en la edición que se ha hecho de *Flos poetarum* sólo figuran los últimos y las pocas composiciones modernas que he citado se hallan repartidas en las varias colecciones poéticas de Caro.

<sup>49</sup> Tuvo en mientes una colección de traducciones de la *Biblia*, en la que entraban los cánticos sueltos del Antiguo Testamento, varios salmos, algunos capítulos de Tobías, el libro de Job y los trenos de Jeremías (vid. *Advertencia a Poesías*, 1866). Para ella escribió una *Introducción* en verso (*ibid.*, págs. 18-21). De ella se conocen sólo algunas muestras: *Cántico de Moisés* (*Poesías*, cit., págs. 5-7; reproducida en *Traducciones poéticas*, 1889, págs. 107-110) y *El Miserere* (*Poesías*, cit., págs. 7-10; *Traducciones poéticas*, cit., págs. 173-176).

<sup>50</sup> Vid. *Paráfrasis de la Salve*, en *Poesías*, cit., págs. 10-12 (reproducida en *Traducciones poéticas*, cit., págs. 185-186; en ALFREDO FLORES y CAAMAÑO, *Las primeras poesías de don Miguel Antonio Caro*, etc. cit., págs. 27-29, aparece la primera forma de esta traducción, que difiere poco de las posteriores: cfr. págs.

Si a las traducciones del latín se agregan las innumerables que realizó del inglés, del francés, del italiano, y las del castellano al latín, se verá que Caro es uno de los mayores traductores de los tiempos modernos<sup>51</sup>. Tuvo él una ingénita y constante afición a traducir, que se manifestó desde la adolescencia:

En la alegre mañana de mis días,  
 Cuando se goza en dulces melodías  
 El corazón con inocente fe;  
 Como oyese la voz de los poetas  
 Del Iliso y del Tibre, en las inquietas  
 Cuerdas de mi laud los imité.

Marón divino! al eco de tu canto,  
 Yo revelaba el armonioso encanto,  
 La dulce luz de la dorada edad;  
 Campos amenos de gayadas flores,  
 Pláticas inocentes de pastores,  
 Ecos y sombras, grata soledad.

Las leves flautas y el cantar ligero  
 Troqué después por el clarín guerrero,  
 Y seguí por doquiera a tu adalid:  
 Del mar airado a las tremendas olas,  
 Y a las del Orco, pálidas y solas;  
 Al blando sueño y a la ardiente lid.

---

60-63), y la de *El Magnificat*, en *Lira cristiana*, en *Obras poéticas*, vol. III (1933), págs. 159-160; versión del *Dies irae*, en *Traducciones poéticas*, cit., págs. 182-184, (en FLORES Y CAAMAÑO, op. cit., págs. 35-43, se leen dos versiones diferentes de la definitiva, ensayadas por Caro en la mocedad), del *Stabat Mater* (en FLORES Y CAAMAÑO, op. cit., págs. 30-32) y de un pasaje de las *Confesiones* de San Agustín, trasladado a soneto, en *Sonetos de aquí y allí*, en *Obras completas*, VIII, 27 (cfr. la *Advertencia* a esta obra, en que el propio Caro anticipó la sorpresa que causaría tal versión).

<sup>51</sup> En los *Estudios hispano-americanos* de RUBIO Y LLUCH, cit., pág. 132, es llamado "príncipe de los traductores castellanos". Cfr. los estudios *Caro traductor* por ANTONIO GOMEZ RESTREPO y *Traducciones poéticas de don Miguel Antonio Caro* por JOSE MARIA RIVAS GROOT, en *Anuario de la Academia Colombiana*, tomo X (1942-1943), Bogotá, 1943, págs. 151-178 y 561-568.

Con él narré en la cuna de Cartago  
 La última noche y funeral estrago  
 De las cansadas torres de Ilión;  
 Y de futuras eras y países  
 Hice el destino revelar a Anquises  
 Del Elíseo en la plácida región.

También la voz del venusino vate  
 Probé a imitar; ya en bárbaro combate  
 A los Claudios corone de laurel;  
 Ya, partiendo Virgilio, a Citerea  
 Pida en el puerto que propicia sea  
 Al coronado, alígero bajel <sup>52</sup>.

No valieron a desviarlo las amonestaciones recibidas cuando dio a conocer los primeros ensayos de versiones clásicas <sup>53</sup>. Su decisión por esta labor le llevó a enmendar constantemente sus trabajos, a hacer repetidos traslados de una misma composición, y hasta a traducir dentro de su propia lengua, que no otra cosa son sus refundiciones de poesías líricas españolas <sup>54</sup>. Pocos escritores reúnen tantos méritos en este género como Caro; pocos han traducido tanto y tan esmeradamente como él; pocos han sido tan dueños de los recursos idiomáticos y métricos; pocos han practicado tan a conciencia este ejercicio, con noción precisa de sus peligros y ventajas; pocos han tenido conceptos tan definidos, claros y documentados

<sup>52</sup> *Poesías*, cit., págs. 18-19. El testimonio autobiográfico contenido en estos versos (en los cuales el poeta se refiere a la época anterior a la expatriación de sus maestros los jesuitas, en 1861) está confirmado por cuanto se sabe acerca de la versión del libro II de la *Eneida*, realizada antes de los veinte años, y del *Arte Poética*, terminada a los veintidós.

<sup>53</sup> José Joaquín Ortiz le reconvino en *La Caridad* por “desperdiciar las altas dotes del ingenio en el cultivo de una literatura estéril y materialista” (cit. por VICTOR E. CARO, *La juventud de don Miguel Antonio Caro*, cit., pág. 27). “Pertenece Ortiz — dice el mismo Caro — a la escuela de Gaume; así es que cuando en 1866 publiqué algunas traducciones de clásicos, me combatió por el lado del paganismo, y luego reforzó el ataque en el terreno literario, sosteniendo que los grandes poetas no pueden traducirse en verso” (*Epistolario*, cit., pág. 267).

<sup>54</sup> Vid. tres de ellas en *Sonetos de aquí y allí* (*Obras completas*, VIII, 16 y 32-33); y cfr. lo que dice acerca de este curioso ejercicio en la *Advertencia* a esa obra.

sobre la materia. Varias veces discurrió acerca de las leyes y atributos de las traducciones, consignando el fruto de su experiencia, pero especialmente trató de ello en el prólogo a sus *Traducciones poéticas* (1889), donde estudia a fondo la cuestión<sup>55</sup>. Creía Caro que el traducir, en los países hispanos, había estado y estaba teóricamente descuidado, mirado de ordinario con menosprecio, como operación mecánica o simple entretenimiento, y entregado en la práctica a cultivadores poco enterados de las normas que lo rigen, al igual que la versificación, materia íntimamente relacionada con ésta y generalmente abandonada al instinto y al oído del poeta. Pero el arte de traducir es importantísimo ramo de la literatura, al cual contribuyen activo ejercicio y observación experimental, no menos que ciertas dotes de naturaleza. Requiere, en los tiempos actuales, el auxilio de la ciencia; requiere “el estudio comparativo de las lenguas y de los escritores, el continuado examen del pensamiento y de la forma que reviste, el conocimiento de los medios de expresión, de los recursos rítmicos, de sus equivalencias y diferencias”<sup>56</sup>. Norma fundamental del traductor ha de ser el carácter del autor que traslada; con él debe tratar de identificarse, para reproducir su estilo, que es en parte social, reflejo del estado de la lengua en la época en que se produjo la obra, y en parte individual del escritor. Así como los autores copian a la naturaleza, así el traductor debe reflejar la naturaleza de los autores mismos. De aquí nace que sea necesario emplear procedimientos distintos para interpretar obras diferentes. Pero ha de tenerse presente que no es posible pretender que la copia emule en un todo al original y que una excesiva fidelidad puede dañar la belleza de la versión. Fidelidad y elegancia son los dos términos extremos, casi incompatibles, cuya conciliación debe lograr el traductor, encontrando la debida proporción entre ellos. Los poetas de-

---

<sup>55</sup> En esta *Introducción*, en el *Estudio preliminar* a las *Obras de Virgilio* (1873), en el ensayo *Del metro y la dicción en que debe traducirse la epopeya romana* (1875) y en el proemio a sus *Latinae interpretationes* (1899), de que hablaré adelante, se contiene lo fundamental de las ideas de Caro acerca del arte de traducir. Tales estudios, particularmente el primero, seguiré de cerca en mi exposición.

<sup>56</sup> *Introducción a Traducciones poéticas*, cit., pág. xvii.

ben ser interpretados fielmente y, también, poéticamente. El secreto del arte de traducir se encierra pues en el concepto de fidelidad bien entendido. En sus propias traducciones Caro procuró siempre la fidelidad, a punto que creía haber incurrido en el vicio de extremada exactitud, antes que en el de excesivo miramiento por la forma; y como la fidelidad conceptual en su opinión no basta, sino que debe ir asociada con la rítmica, porque “si las ideas valen mucho, no deja de ser, por otra parte, característica de un poema la especialidad de sus cadencias y movimiento, o como si dijésemos el *danzado*”<sup>57</sup>, se esforzó también por conservar hasta donde fuera posible la intención rítmica del original, bien que en la práctica no siempre fue consecuente con este principio, o por insuperables dificultades, o por deliberada transgresión. Ni esta manera de trasladar puede tacharse de servil, ni confundirse la exactitud literal con la formal. El traducir, como lo entendía Caro, es labor mixta de imitación y adaptación, de refundición y correspondencia; implica un trabajo de recomposición de la obra original, después de quitar a ésta su forma primitiva y, por decirlo así, descomponerla: “una traducción poética es una refundición, un renacimiento”<sup>58</sup>.

Ampliación y complemento, en cierto modo, de las traducciones son los trabajos críticos de Caro sobre autores latinos. “Nada hay — decía — que fortifique tanto la atención y que tanto conduzca a penetrar la filosofía de un poeta, a familiarizarnos con su manera especial, y a descifrar los pasajes difíciles que presenta, como el diligente ejercicio de traducirle a otro idioma y en verso”<sup>59</sup>. La interpretación de Virgilio hizo que Caro profundizara en la vida de éste, en sus obras, su pensamiento, su época, su fortuna en todos los siglos; de donde los extensos preliminares a la versión de las obras virgilianas<sup>60</sup> y una corona de estudios especiales: *Virgilio en*

<sup>57</sup> *Ibid.*, pág. xv.

<sup>58</sup> *Estudio preliminar a Obras de Virgilio*, 1873, I, xcvi.

<sup>59</sup> *Introducción a Obras de Virgilio*, t. III (1876), pág. v.

<sup>60</sup> *Estudio preliminar*, al frente del tomo I (1873) de las *Obras de Virgilio*, e *Introducción* al tomo III (1876). Han sido reproducidos en *Obras completas*, II, 166-222 y 234-258. En la edición de 1943 de las *Obras de Virgilio* aparecen refundidos y distribuidos en tres prólogos, que anteceden a cada una de las sec-

*España*<sup>61</sup>, *Concordancias virgilianas*<sup>62</sup>, *Virgilio y el nacimiento del Salvador*<sup>63</sup>, *XIX centenario de Virgilio*<sup>64</sup>, *Camila, la amazona virgiliana*<sup>65</sup>, *Virgilio estudiado en relación con las bellas artes*<sup>66</sup>, el citado *Del metro y la dicción en que debe traducirse la epopeya romana* y el titulado *Una obra apócrifa*, acerca de una traducción de las *Geórgicas* erróneamente atribuida a Fray Luis de León, en que resalta la agudeza del crítico<sup>67</sup>. Por otro lado, el comentario al texto latino de las *Bucó-*

ciones de la obra, como quedó explicado al hablar de dicha edición, la cual contiene además el *Discurso preliminar*, enteramente nuevo, escrito para presentar el texto latino y sus comentarios, del cual también me he ocupado en su lugar.

<sup>61</sup> En *Obras completas*, IV, 75-158: tabla bibliográfica de los comentadores y traductores españoles de Virgilio.

<sup>62</sup> En *Obras de Virgilio*, 2ª ed. (1943), I, 319-356. No están completas, pues se refieren sólo a las *Bucólicas* y a las *Geórgicas*. La falta de las relativas a la *Eneida* se debe, según infiero, a extravío de parte de los originales y no a omisión del autor, porque consta que tenía reunidas más de quinientas, y el número de las publicadas no alcanza a la mitad. El dato a que me refiero se encuentra en las siguientes palabras del *Virgilio en España*, de las cuales se deduce también que Caro había pensado incorporar las *Concordancias* a este opúsculo: "Los apuntes que he intitulado *Virgilio en España* se dividen en dos secciones. La primera, que ahora publico, es, como verá el lector, una tabla bibliográfica de traductores, por orden cronológico. Es la segunda una colección de reminiscencias virgilianas (versiones literales unas veces, libres imitaciones otras) sacadas de las obras de multitud de poetas españoles, así peninsulares como americanos, y puestas por el orden numérico de los respectivos versos del original. Tengo reunidas más de quinientas, y tan seguidamente se suceden a las veces unas a otras, que con ellas resulta tejida la traducción de largos pasajes y páginas enteras" (*Obras completas*, IV, 79).

<sup>63</sup> En *Obras completas*, II, 36-44. Estudia la Egloga IV, cuya traducción acompaña.

<sup>64</sup> En *Obras completas*, III, 192-199. Escrito en 1882, con motivo de la conmemoración virgiliana celebrada en Roma bajo el patrocinio de León XIII.

<sup>65</sup> En *Obras completas*, III, 200-214.

<sup>66</sup> En *Obras completas*, III, 215-228. Publicado, como los dos anteriores, para celebrar el XIX centenario virgiliano. Cfr. *Epistolario*, etc. cit., págs. 76-77 y 82-86. Estudia los retratos de Virgilio y las obras de arte inspiradas por los poemas virgilianos.

<sup>67</sup> En *Obras completas*, II, 259-272. Cfr. MENENDEZ Y PELAYO, *Traductores de las Eglogas y Geórgicas de Virgilio*, en *Biblioteca Clásica*, cit., tomo XX, pág. xxxi y sigs.

A los ensayos mencionados arriba pueden agregarse las notas puestas por Caro a la traducción del artículo *Vergilii musa consolatrix*, publicado en *The Spectator* de Londres con motivo de la aparición de *The Vergil Pocket Book* por S. E. Winbolt. La traducción se debe a Daniel J. Reyes. Revisada y anotada por Caro, vio la luz en la *Revista del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario*, 1908, IV, 98-110. Cfr. *Bibliografías*, etc. cit., págs. 128-129.

licas, las *Geórgicas* y la *Eneida*<sup>68</sup> es una verdadera ampliación del traslado castellano, pues Caro considera que una traducción poética, para estimarse completa, debe ser ilustrada con comentarios<sup>69</sup>. Ningún otro escritor en castellano, según se ha hecho observar, ha consagrado mayor número de ensayos al cantor de Eneas<sup>70</sup>. Los estudios virgilianos de Caro, que éste pensó reunir en un tomo<sup>71</sup>, reafirman su título de primer virgilista de la literatura española; en algunos puntos tuvo atisbos geniales, con que se anticipó a la crítica europea: tal la explicación de la *Eneida* como poema esencialmente religioso<sup>72</sup>.

De los datos adquiridos en la morosa y amorosa lectura del Venusino se aprovechó en la exégesis a las *Epístolas*, particularmente al *Arte Poética*, trabajo juvenil en su mayor parte y hartó más pobre que el comentario al texto virgiliano, pero no desprovisto de agudeza y sagacidad<sup>73</sup>; en el breve ensayo *Algo acerca de Horacio*, que analiza las composiciones — todas vertidas por él al castellano — en que el vate de Tíbur se presenta como cantor del campo<sup>74</sup>; en el *Examen de un pasaje de Horacio*, que dilucida la teoría de éste acerca del uso en el lenguaje<sup>75</sup>, y, sobre todo, en las fun-

<sup>68</sup> Está en la edición de 1943 de las *Obras de Virgilio*, de que ya se ha hablado. Sobre el carácter y orientación de dicho comentario, sobre los autores seguidos en él, etc. véase el *Discurso preliminar* a la misma edición, pág. LIV y sigs. Con su comentario — el primero de su género publicado en castellano — quiso Caro hacer obra eminentemente española, menos por el idioma en que lo escribió, que por los datos desconocidos sacados de escritores españoles. Parece, sin embargo, que habíalo empezado a redactar en latín, si hemos de prestar fe a lo dicho por VÍCTOR E. CARO, *La juventud de don Miguel Antonio Caro*, cit., pág. 24.

<sup>69</sup> Vid. *Introducción a Traducciones poéticas*, cit., pág. xxiii.

<sup>70</sup> Cfr. RUBIO Y LLUCH, *Estudios hispano-americanos*, etc. cit., pág. 15.

<sup>71</sup> Así lo comunicó en 1883 a su amigo Cuervo: cfr. *Epistolario*, etc. cit., pág. 76.

<sup>72</sup> ANTONIO GÓMEZ RESTREPO, en el prólogo a MIGUEL ANTONIO CARO, *Páginas de crítica*, en *Biblioteca Andrés Bello*, Madrid, Ed. América, s. a. [1919?], págs. 17-19, demuestra cómo el colombiano se adelantó al que ha sido reputado descubrimiento de Gastón Boissier.

<sup>73</sup> En *Obras completas*, I, 339-361.

<sup>74</sup> En *Obras completas*, II, 45-49.

<sup>75</sup> Pertenece a la disertación *Del uso en sus relaciones con el lenguaje* (Discurso leído ante la Academia Colombiana en la junta inaugural de 6 de agosto

damentales *Observaciones sobre la poesía horaciana*, dictadas como escolio al *Horacio en España* de Menéndez Pelayo, del cual vienen a ser insuperable coronamiento doctrinario<sup>76</sup>.

La versión del canto de Catulo *A la muerte del gorrión de Lesbia* (Carm., III) y de la elegía de Ovidio *A la muerte de un papagayo* (*Amor.*, II, 6) le sugirió la idea de un pánique que tituló *Aviaria Catulliana*, por tratarse de las poesías que, por el tema, pueden relacionarse con la del lírico veronés<sup>77</sup>.

Desde la adolescencia, Caro cultivó con fervor la poesía latina, y nunca desistió de este ejercicio, en el cual encontraba sosiego y descanso en medio de ardientes luchas doctrinales y políticas. En los últimos años de su vida, después de dar lo mejor de su genio poético y crítico y de alcanzar las más altas posiciones en la república, como mentor de una básica reforma institucional, colocado en el pináculo de la fama y hecho signo de contradicción entre los hombres de su tiempo, con la plenitud y serenidad del que va llegando a “coronar la altura” se recogió “a buen vivir” — son sus palabras —, y buscó más asiduamente el trato con la musa latina. Diose así a reunir y ordenar sus escritos latinos, que distribuyó en dos grandes secciones: la primera de poesías originales, *Carmina Latina*, y la segunda de *Latinae interpretationes*, esto es versiones al latín de poemas modernos. De entre ellas destacó las de la *Canción a las ruinas de Itálica* de Rodrigo Caro y de *El cinco de mayo* de Manzoni, las

de 1881), en *Obras completas*, V, 234-275: el capítulo III (págs. 241-248), titulado *Examen de un pasaje de Horacio — Rápida exposición de doctrinas horacianas*, toma como punto de partida los versos 71-72 del *Arte Poética*, pero no se atiene a su tenor literal, sino que trata de averiguar la mente del poeta, confrontando aquellos versos con otros lugares de la obra horaciana y desentrañando el valor que tiene en latín la palabra *usus*.

<sup>76</sup> Publicadas primeramente como parte del estudio sobre las *Poesías de Menéndez Pelayo* (*Obras completas*, III, 229-262: vid. págs. 243-250), fueron recogidas por el polígrafo santanderino en *Horacio en España* (1885), II, 371-388. BORIS DE TANNENBERG, en carta de fecha 16 de junio de 1886, dirigida a R. J. Cuervo y publicada en el epistolario de éste (*Cartas de su archivo*, t. III, Bogotá, 1943, pág. 189), al hablar del *Horacio en España*, dice: “pienso que hay más ideas en el trozo de crítica del señor Caro, que va a la fin del segundo tomo, que en los dos tomos enteros”.

<sup>77</sup> En *Obras completas*, II, 11-17.

cuales enriqueció con preliminares y notas, en latín los de aquélla, los de ésta en castellano; de suerte que resultaron dos obras independientes. Todos estos trabajos, mayormente los tres primeros, redactados íntegramente en latín, forman un armonioso conjunto, que obedece a una idea y un plan generales.

Las poesías latinas de Caro son, en su mayor parte, obra de juventud, ordenada en la edad proveceta; bien que, al recogerlas, no quiso el poeta enmendarlas, para no someterse a una nueva e interminable tarea y especialmente para que, al ser retocadas con mano más fría, si más segura, no perdieran en gracia lo que ganaban en pulimento: "*iuvenilia scripta sunt* — afirma en el prólogo a las *Latinae interpretationes* —, *de quibus illud quoque dicendum erit: "sint ut sunt, aut non sint"*. Los trabajos sobre Rodrigo Caro y sobre *El cinco de mayo*, en cambio, son de la última edad.

No se preocupó Caro por dar a conocer en vida sino muy breves muestras de tan extensa producción. Lo más de ella no había visto aún la luz cuando el autor fue sustraído a la de los vivos. Largo tiempo después de su muerte comenzaron a divulgarse jirones de esa labor, hasta entonces conocida sólo por fama. Aún hoy quedan muchas partes sin publicar y toda ella espera ser presentada en un solo cuerpo<sup>78</sup>. Con razón pudo Caro decir en alguna ocasión, entre serio y jocos: "lo inédito es lo mejor que yo he escrito, y lo que más fama debe acarrear" <sup>79</sup>.

Los *Carmina Latina*<sup>80</sup>, en tres libros y una *Elegia* intro-

<sup>78</sup> Yo he tenido ocasión de conocerla completa en los manuscritos que reposan en poder de la familia del autor. A ellos me referiré donde haya lugar.

<sup>79</sup> Carta a R. J. Cuervo, fecha 18 de enero de 1883, en *Epistolario*, etc. cit., pág. 54. En verdad, téngase en cuenta que, fuera de la *Gramática*, de las *Obras de Virgilio*, de los estudios virgilianos y de algunas otras piezas sueltas, la mayor parte de la obra humanística de Caro estuvo inédita hasta después de su muerte: así el *Flos poetarum*, el comentario virgiliano, las *Concordancias*, y sus escritos poéticos y prosaicos en latín que arriba he dicho. Con todo, por la porción conocida, se le tuvo ya en vida como eminente humanista. No se sabía, y no se sabe aún, cuán grande era.

<sup>80</sup> Han sido publicados en un tomo rotulado MICHAELIS A. CARO, *Carmina et interpretationes e poetis nostratibus*. Editio princeps Academiae Columbianae iussu ad saccularem vatis memoriam disposita. Bogotae, Ex Off. Typogr. "Centro", MCMXLIII, xvi — 267 págs. Contiene, como lo indica el título, fuera de los

ductoria<sup>81</sup>, son composiciones, breves por lo regular, sobre diferentes temas y en variedad de metros, entre los cuales predominan indiscutiblemente el exámetro continuo y el dístico. No existe una clara división de materias en los tres libros: sin embargo, en el primero prevalecen las poesías dedicadas a la naturaleza y al hogar, en el segundo las políticas y las religiosas y en el tercero las del género epigramático.

Los versos contenidos en la colección son sólo una parte de los escritos por Caro, los salvados del fuego a que los entregó voluntariamente el poeta. El mismo relata cómo destruyó muchos de sus cantos, en un momento de desesperanza y desencanto:

*Quid tamen a! misero iam mortua carmina prosunt?  
Quae iuvenis cecini quid repetita iuvant?*<sup>82</sup>

Mas, arrepentido de su acto, recogió amorosamente los que habían escapado de las llamas:

*Commotus pietate lego quaecumque manebant.  
O dulces mecum vivite relliquiae!*<sup>83</sup>

Insiste el poeta en considerar trabajo juvenil sus *Carmina*, que siente tan distantes de sí, cuando los relee, como si fueran ajenos:

*Paupere sub tecto, propter quod semita serpit  
Persimilis vitae, semper opaca, meae,*

---

*Carmina*, parte de las *Latinae interpretationes* del mismo Caro — obra de que se hablará adelante —, y precisamente las de poetas colombianos. Los *Carmina* ocupan las primeras 112 págs. Al frente del tomo se leen, a manera de prólogo, unas doctas notas del Pbro. JUAN C. GARCÍA sobre las *Poesías latinas de Caro*. La edición, infortunadamente nada limpia de erratas, ha sido objeto de críticas. A ellas se ha referido el doctor Juan C. García, en una reseña de la obra, en que declara las adversas circunstancias en que se adelantó la edición (*Boletín del Instituto Caro y Cuervo*, 1946, II, 203-206).

<sup>81</sup> El libro I consta de 53 composiciones, el II de 55 y el III de 65, que, con la citada *Elegía*, dan un total de 174 composiciones.

<sup>82</sup> *Elegía*, que precede a los tres libros, en *Carmina*, etc. cit., pág. 1.

<sup>83</sup> *Ibid.*, pág. 3.

*Saepe cadente die, versus quos scripsimus olim  
Colligere, et calamo saepe notare iuvat.  
Versiculos, inquam, sic nostra aetate remotos  
Ut bene iam nostrum non videantur opus*<sup>84</sup>.

Sin embargo, una cuarta parte de las poesías llevan al pie fechas posteriores a 1890: dos fueron dictadas apenas dos meses antes de su muerte. Abarca, pues, el florilegio desde los años mozos hasta la última vejez del artífice.

Consignados fugazmente al correr de los días, los *Carmina* reflejan fielmente el ánimo y el mundo poético de Caro: su apego a la naturaleza, su deseo de soledad, sus afectos familiares, su fe religiosa, su fervor político, su lealtad a los amigos, sus gustos literarios. Allí está su sencilla y modesta vida, modesta en la ambición — aun entre los honores —, contenta con pequeños bienes, que se desliza entre el amor de los suyos, la conversación de los amigos, el respeto de los conciudadanos, las lecturas favoritas y una que otra fuga al campo, al valle de su infancia. Por punto general son composiciones dictadas por momentánea inspiración, trabajadas en un rato de ocio entre dos tareas importantes. Sólo algunas pueden considerarse escritas con intención y detenimiento. Pero no faltan las de fuerte concepción y alto vuelo, como los himnos *Ad Romanum Pontificem*, *Ad gloriam* y el *Cigneus cantus*, en que el vate, al asomarse a los sesenta años, examina el camino recorrido. Entre las de más sincera emoción están las inspiradas por el amor paterno, como aquella (*Pater paene caecus puero comitanti*) en que el poeta, a quien se va nublando la vista, clama a su hijo:

*Nil aliud cupio quam te, mea cura, videre,  
Utque animae vultus, timidi figantur ocelli,  
Et, quae dulce satis non est vidisse, labella.*

Entre las mejor logradas artísticamente, las que dedica a la naturaleza, en la cual se hunde y se recrea, dialogando con

<sup>84</sup> *Praefatio*, en *Carmina*, etc. cit., pág. 7.

las flores, las fuentes, los ríos, los bosques, las estrellas. Tiene cuadros primorosamente trazados, como el *Aestivum crepusculum*, y aciertos como el de esta comparación, en *Adversa spatia*:

*Non aliter curru insequitur sol aureus illam  
Quae tacito antevolat parilique per aethera passu  
Et nunquam optatam videt inter bracchia Nympham!*

Un grupo de composiciones del libro segundo, sugeridas por los sucesos políticos y correspondientes a los últimos años del siglo XIX y primeros del XX, son acaso las más valientes que ofrece la colección. A este ciclo pertenecen *Tumultus repressus*, *Senatori cuidam*, *In clericos quosdam*, *Ad praedonem*, la fábula *Venator et pastores* y la *Allocutio ad cives*, donde el magistrado afirma con legítimo y seguro orgullo:

*Maiestas patriae evasit me praecide salva.*

Realiza Caro una proyección del mundo moderno en la pantalla clásica. Los hechos y los hombres contemporáneos reciben un baño de antigüedad, que los transfigura, al mismo tiempo que las formas antiguas se actualizan. Así el epigrama *Tyrannus in thermis*, que no ofrece duda — para quien conozca la historia reciente del país — acerca del personaje a quien se refiere, parece, sin embargo, enfocar un cuadro de la Roma imperial. Y ejemplo de composición en que el latín es puesto al servicio de usos y objetos modernos es la motivada por la bicicleta, *Novissimi vehiculi laudes*.

La facilidad y claridad que se admiran en los *Carmina* son posibles sólo cuando quien ensaya la metrificació latina no está esclavizado por la técnica y tiene algo que decir. La imitación de los clásicos no constituye una preocupación o un peso para nuestro poeta; las lecturas no se sienten inmediatas, los modelos no están a la vista cuando compone. Nunca imita de caso pensado; sólo de tarde en tarde y sin querer su enriquecida memoria deja escapar, en la forma originaria, pero con oportunidad nueva, alguna locución o frase leída en la literatura clásica; de suerte que no sería posible decir *aquí*

*habla Horacio, aquí habla Virgilio*, porque siempre es Caro quien habla. En los versos latinos es tan original como en los castellanos; sigue siendo él mismo, con sus ideas y sus pasiones, con sus dolores y sus complacencias. Esto hace que su poesía sea en realidad moderna, y no antigua; poesía en latín, más que latina; porque el carácter clásico de los escritos de Caro, así latinos como romanceados, es formal y no de fondo. El espíritu que los anima es cristiano, y éste es el rasgo fundamental de toda su poesía. No reconstruye, no revive el mundo pagano, como trata de hacerlo un Pascoli, para poner el caso. Composiciones como la bella sáfica *Silvanus* son rarísimas, si no únicas, en su lira, y por lo demás simple ejercicio literario. Al vestir los atuendos de la métrica clásica no se siente obligado a tomar una actitud artificial, echando en olvido las notas más características de su sér y de la civilización a que pertenece.

Un buen número de temas — más de la tercera parte de los *Carmina* — fueron desarrollados por Caro también en castellano<sup>85</sup>. Difícil resulta establecer si tales poesías fueron escritas originariamente en romance y trasladadas, por ejercicio, al latín; o si, por el contrario, fueron concebidas primeramente en latín y traducidas luego al vulgar, para mayor difusión; o, finalmente, si deben ser miradas como expresiones casi simultáneas de un solo motivo poético, que hiciera vibrar a un tiempo la cuerda latina y la castellana. Teniendo en cuenta que el texto latino es generalmente más extenso, más amplio, más rico en imágenes y conceptos que el caste-

<sup>85</sup> En una rápida comparación he contado hasta 62 temas que están tratados tanto en latín como en castellano en las obras de Caro: 46 composiciones del libro I de los *Carmina*, es decir casi todo ese libro; 13 del II (entre ellas las primeras 7), y 3 del III tienen sus correspondientes en las *Obras poéticas* castellanas. Entre las más notables de éstas, que cuentan con una réplica latina, citaré *Patria*, *A la gloria*, *Silvano*, *Acción de gracias*, *A Victor*, muchos de los sonetos a la naturaleza, *Oración del hombre público* y *La oración del huerto*. A propósito de estas dos últimas composiciones véase ANTONIO GÓMEZ RESTREPO, *Una carta de Pereda*, en *Revista Nacional*, Bogotá, 1897, I, 120-128 (y ahora en *Anuario de la Academia Colombiana*, tomo X, 1943, págs. 219-227). En *Horas de amor*, Bogotá, Imprenta de Echeverría Hermanos, 1871, págs. 75-76, la Hora XXII (*Las almas buenas*) fue publicada por Caro con traducción latina frente al texto castellano (en *Carmina*, ed. cit., págs. 32-33).

llano, no es descaminado pensar que fue casi siempre escrito con anterioridad y que de él nacieron las composiciones castellanas, — mayormente los sonetos — molde que obliga a sacrificar muchos detalles. Lo cual parece venir a confirmar la opinión varias veces formulada de que Caro pensaba en latín e iba traduciendo las ideas al lenguaje corriente.

Su grande habilidad de metrificador latino se ratifica en las *Latinae interpretationes, sive carmina e poetis praecipue Hispanis, tum Italis, Gallis, Anglis latine reddita*, colección que contiene noventa y nueve traducciones en verso — exámetros y dísticos, por regla general —, de autores hispanos y extranjeros, desde Fray Luis y Rodrigo Caro, hasta Bello y Ortiz, desde Dante y Manzoni, hasta Chénier y Longfellow<sup>86</sup>.

<sup>86</sup> M. ANTONI CARI, *Latinae interpretationes, sive carmina e poetis praecipue Hispanis, tum Italis, Gallis, Anglis, latine reddita*. "Sur des penses nouveaux faisons de vers antiques", A. Chénier. Ms. de 575 hojas, de 22 x 16,5 centímetros, numeradas con lápiz y escritas, generalmente, por un solo lado, en buen estado de conservación y reunidas en dos gruesos legajos. En poder de los descendientes del autor. Contienen el texto original de cada composición, la traducción latina respectiva y notas.

Las de colombianos han sido publicadas en el mencionado tomo MICHAELIS A. CARI, *Carmina et interpretationes e poetis nostratibus*, etc. cit. (Bogotá. 1943): ocupan las págs. 113 y sigs. del volumen. Actualmente se halla en prensa, al cuidado del doctor Eduardo Caro, otro tomo, que presentará las demás versiones, no recogidas en aquél. Considero que no fue acertada la determinación de separar las versiones de poetas colombianos de las restantes, para agregarlas a las poesías latinas originales de Caro, y que debe hacerse una nueva edición, así de los *Carmina*, como de las *Latinae interpretationes*, limpia de los errores que deslucen a la primera y con sujeción al orden claramente fijado por el autor.

Como se trata de obra en gran parte inédita, estimo conveniente dar a conocer aquí el índice completo, para que se aprecie su amplio plan, que abarca autores de varias literaturas y épocas: I, *Salicius*, ex GARCIA LASO; II, *Tyrrhenus*, ex eodem; III, *Passer querens*, ex STEPH. MANUELE DE VILLEGAS; IV, *In somnium triste*, ex LUPERCIO LEONARDO DE ARGENSOLA; V, *Pictura vitae rusticae*, ex eodem; VI, *Spes libertatis*, ex eodem; VII, *Pro iustitia*, ex BARTHOL. LEONARDO DE ARGENSOLA; VIII, *Iter salutis*, ex eodem; IX, *De mutatione temporum*, ex IOANNE DE ARGUIJO; X, *Quid flores moneant*, ex PETRO CALDERON DE LA BARCA; XI, *Roma*, ex FRANCISCO DE QUEVEDO; XII, *Variae sententiae*, ex PETRO FERNANDEZ DE ANDRADA; XIII, *Vitae seclusae laudes*, ex LUISIO LEGIONENSI; XIV, *Tagi vaticinium*, ex eodem; XV, *Nox serena*, ex eodem; XVI, *Caeli desiderium*, ex eodem; XVII, *In ascensionem Domini*, ex eodem; XVIII, *De vita caelesti*, ex eodem; XIX, *In exitum carceris*, ex eodem; XX, *In tumultum Caroli principis*, incerti auctoris; XXI, *Flamen*, ex FERNANDO DE SORIA; XXII, *Ruinae Italicae*, ex RODERICO CARO; XXIII, *Arborum strages*, ex JOSEPH ANT. PORCEL; XXIV, *Canis vulpisque contentio*, ex eodem; XXV, *Allocutio Mortis*, ex MANUELE I. DE QUINTANA; XXVI, *Victoria*

Preceden a la antología un prólogo, en prosa, que explica los propósitos y procedimientos interpretativos — complementario, en este aspecto, de la *Introducción* a las *Traducciones poéticas españolas* —, y una *Praefatio*, en dísticos:

*Floridula hinc illinc et dulcia carmina legi,  
Sedula ut in pratis omnia libat apes,  
Inque novas formas tacitam mutata per artem  
Fasciculo en uno, candide lector, habe.*

*Baetica*, ex ANDREA BELLO; xxvii, *Allocutio ad Poesin*, ex eodem; xxviii, *Electio meritorum difficilis*, ex eodem; xxix, *Orandum pro parentibus*, ex eodem; xxx, *Praes medicina malorum*, ex eodem; xxxi, *Sua cuique patria*, ex eodem; xxxii, *Tabachi epitaphium*, ex eodem; xxxiii, *Obsecratio*, ex IOANNE M. MAURY; xxxiv, *Definitio amoris*, ex eodem; xxxv, *Pietas erga patres*, ex eodem; xxxvi, *Papilio*, ex eodem; xxxvii, *Patriae desiderium*, ex FR. MARTINEZ DE LA ROSA; xxxviii, *Rosa silvarum*, ex JOSEPH FERNANDEZ MADRID; xxxix, *Maluosa*, ex eodem; xl, *Amirae effigies*, ex eodem; xli, *Ad Munnam rivum*, ex MICHAEL DE TOBAR; xlii, *Siren*, ex NIC. PASTOR DIAZ; xliii, *Orphanus inertis corpori patris inhaerens*, ex JOSEPH EUSEBIO CARO; xliv, *Ad umbram parentis*, ex eodem; xlv, *Nocturna contemplatio*, ex eodem; xlvi, *Praesugia*, ex eodem; xlvii, *Ad puerum*, ex eodem; xlviii, *Antonio Ioseph Caro*, ex eodem; xlix, *Ricardo Cheyne*, ex eodem; l, *Dicessus e patria*, ex eodem; li, *Ad Maracabum*, ex eodem; lii, *Exul ad Oceanum*, ex eodem; liii, *Patriae desiderium*, ex eodem; liv, *De oculis et amore*, ex eodem; lv, *Vera beatitudo*, ex eodem; lvi, *Puellae risus poetae iuvenes*, ex eodem; lvii, *Ad Lyram*, ex eodem; lviii, *Reliquiae amoris*, ex eodem; lix, *Primus amor fugitivus*, ex eodem; lx, *Cinis et ignis*, ex eodem; lxi, *Palma poetarum negata*, ex eodem; lxii, *Benedictio nuptialis*, ex eodem; lxiii, *Baptisma*, ex eodem; lxiv, *Melos domi consuetissimum*, ex eodem; lxv, *Epitaphia*, ex eodem; lxvi, *Fragmenta*, ex eodem; lxvii, *Vale*, ex FR. X. CARO; lxviii, *Translatio sceptri*, ex RAPHEL M. BARALT; lxix, *Torrentis comparatio*, ex eodem; lxx, *Fragmentum*, ex GREG. GUTIERREZ GONZALEZ; lxxi, *Sacerdoti novo*, ex BELISARIO PEÑA; lxxii, *Initium descensus ad inferos*, ex DANTE ALIGHIERO; lxxiii, *In statuam Noctis*, ex MICH. ANG. BONARROTI; lxxiv, *Epicedium in Napoleonem imperatorem*, ex ALEXANDRO MANZONI; lxxv, *Eiusdem carminis translatio altera*; lxxvi, *Signa in mortem*, ex LEONE XIII; lxxvii, *Ad rivum*, ex G. ZANELLA; lxxviii, *Corona postuma*, ex L. STECCHIETTI; lxxix, *Magister iibiae*, ex ANDREA CHENIER; lxxx, *Fragmentum bucolicum*, ex eodem; lxxxi, *Ad Arthemida Nympham*, ex LECOMTE DE LISLE; lxxxii, *Summa carminum*, ex PAULO BOURGET; lxxxiii, *Rosa et vermis*, ex eodem; lxxxiv, *Oculi clausi non extincti*, ex SULLY PRUDHOMME; lxxxv, *Haereditas nocens*, ex eodem; lxxxvi, *Gutta nectaris*, ex eodem; lxxxvii, *Tempestus inanis*, ex eodem; lxxxviii, *Postremum vale*, ex eodem; lxxxix, *De exilio*, ex eodem; xc, *Invitatio vespertina*, ex eodem; xci, *Alarum desiderium*, ex eodem; xcii, *Ad sodales*, ex TH. MORO; xciii, *Visus vespertinus*, ex eodem; xciv, *Tacitus dolor*, ex eodem; xcvi, *De solitudine*, ex eodem; xcvi, *Ad Penates*, ex IOAN. HOWARD PAYNE; xcvi, *Servorum sors miserima*, ex H. W. LONGFELLOW; xcvi, *Tempora nubila*, ex eodem; xcix, *Peregrini cantiuncula*, ex SAMUELE BOND.

No aparece en esta tabla la traducción de *La monja desterrada* de JOSE JOA-

El prólogo aparece escrito en 1899: ésta puede tomarse como fecha de terminación de la obra, iniciada y trabajada por Caro desde la mocedad, circunstancia por la cual la ponía entre los "iuvenilia scripta". Composiciones hay en el florilegio — la *Peregrini cantiuncula* de Bond — que datan de 1862. Pero no figura la más antigua de todas, la traducción del soneto *Héctor*, de su padre José Eusebio Caro, escandida por Miguel Antonio a los diez y siete años<sup>87</sup>. Ella puede, no obstante, ser considerada no sólo como el origen de sus *Interpretationes*, sino de toda su versificación latina. No la recogió en su colección de retroversiones, acaso por no estimarla digna de figurar al lado de hechuras posteriores.

Incluyó, sin embargo, muchas interpretaciones de poesías de su padre, a punto que ellas se cuentan en mayor número que las de otro poeta cualquiera; tributo de amor y veneración que el traductor esperaba habría de merecer la aprobación del lector: "*ille mihi nascituro carmine felicissimo et sancta benedictione favit; ille et puero perpetuae suae pietatis erga genitoris manes admirabile exemplum moriens reliquit*", explica en palabras llenas de devoción filial.

---

QUIN ORTIZ, que fue publicada en las *Poesías* de éste (Bogotá, 1880, págs. 227-229). En la edición de *Carmina et interpretationes*, etc. cit., págs. 248-255, ha sido incluída: ofrece notables variantes.

<sup>87</sup> Fue publicada primeramente en *El Mosaico*, núm. 39, y después en *El Catolicismo*, núm. 444, 16 de octubre de 1860, VII, 654, con importantes correcciones. Caro era entonces alumno del Colegio dirigido por los jesuitas. El redactor del periódico le dirigió el augurio ritual con las palabras de Virgilio: *macte virtute, puer; sic itur ad astra*, que en esta ocasión resultaron proféticas. He aquí la traducción:

*Divinae, solis primo cum lumine, Troiae  
Iam radios spargunt moenia lata procul:  
Puris muneribus cumulant altaria Graeci;  
Summis incipiunt sacrificare Diis.  
Panditur en circus: iam pulvereae aequore currus  
Apparent, dura praecipitante rota.  
Rancus fit strepitus, quo tellus cuncta tremiscit,  
Commotique tonant aetheris ambo poli.  
Praemia victori merito concedit Achilles;  
Victricem vocem reddit Olympus ovans.  
Interea oblitus, velatus pulvere vultum,  
Sanguinea Morti deditur Hector humo.*

En la escogencia de las piezas que forman su colección no siempre procedió Caro con el criterio de traducir las mejores y más famosas obras, porque muchas de éstas tienen un peculiar modo de sentir o de decir que las hace inimitables. No debe admirar pues la ausencia de muchos autores, ni la frecuencia con que otros aparecen. Revistió Caro de preferencia con las formas latinas a los poetas que por razones ya de afecto ya de estudio estuvieron siempre cerca de su ánimo: Fray Luis de León, a quien estudió como traductor de Virgilio y de Horacio; Andrés Bello, cuyas *Poesías* editó; Rodrigo Caro y Alejandro Manzoni, que merecieron de él más amplios estudios; León XIII, el sabio Pontífice a quien dedicó varios cantos; Sully Prudhomme, que vertió extensamente al castellano; para no contar a su padre, y a sus abuelos Tobar y Caro, y a su amigo Bond. El índice de la colección es un espejo fiel de sus predilecciones literarias.

Por norma fundamental en estas *interpretationes* tuvo el determinar la manera como un romano de la edad augusta habría expresado los pensamientos e imágenes de las composiciones en consideración: “¿cómo — se preguntaba — habría dicho esto mismo Virgilio, u Horacio, u Ovidio?”<sup>88</sup>; esto es, el principio expresado por las palabras de Chénier, que puso por lema a la colección, “*sur des pensers nouveaux faisons de vers antiques*”.

*El cinco de mayo*, que desde su primera publicación (1822) apareció acompañado por la versión latina de Pedro Soletti, y que después fue traducido innumerables veces a todos los idiomas, fue nuevamente interpretado en versos latinos por Caro, dos veces: la primera (*Epicedium in Napoleonem imperatorem*) en dísticos, forma que cuadra perfectamente al género lírico elegíaco de la composición; la segunda (*Eiusdem carminis translatio altera. In A. D. III Non. Mai.*) en estrofas alcaicas, que parecen secundar de cerca el movimiento de las del original. Las dos versiones latinas, junto con dos en castellano, con un *Discurso* preliminar y con notas en que el autor apunta los defectos observados en traducciones ajenas

---

<sup>88</sup> *Discurso preliminar a El cinco de mayo*, en *Obras completas*, I, 391.

y los que creyó encontrar en el propio original, integran una obra que continúa la extraordinaria fortuna del inmortal canto y es testimonio de la fervorosa admiración de Caro por el autor de los *Himnos sacros*, cuyo influjo se transparenta en su ágil y vigorosa oda *A la estatua del Libertador*<sup>89</sup>.

Muy otra importancia que el opúsculo en torno al *Cinco de mayo* alcanza el trabajo que Caro dedicó a la *Canción a las ruinas de Itálica* de Rodrigo Caro, cuya traducción destacó también de sus *Latinae interpretationes*. A la versión latina, en exámetros, realizada sobre un texto que fijó él mismo como el más aceptable entre las variantes conocidas, agregó el estudio biográfico, bibliográfico y crítico de Rodrigo Caro, su *Canción* y el género a que ella pertenece, un comentario al texto castellano en muy nutridas y eruditas notas, y, por último, dos apéndices que recogen las composiciones sobre ruinas que pueden relacionarse con la del Utrerense<sup>90</sup>. Es

<sup>89</sup> El "Cinque maggio". Canto de Alejandro Manzoni a la muerte de Napoleón. Nuevas versiones poéticas en latín y en castellano con un discurso preliminar y comentario crítico, en *Obras completas*, I, 379-433. Por varios indicios puede inferirse que el opúsculo fue compuesto a fines del siglo XIX o muy a comienzos del XX. La primera versión latina consta de 39 dísticos, esto es 78 versos, frente a 108 del original; la segunda, en alcaicos, consta de 72 versos, con un máximo de concisión. De las castellanas, la una cuenta 72 versos y la otra igual número de líneas que el original italiano.

<sup>90</sup> RUDERICI CARI, BAETICI, *Cantio Hispanica celeberrima ad ruinas Italicæ. Cum prolegomenis et interpretatione poetica et commentario critico edidit M. A. CARUS*. Dada a luz recientemente en *Publicaciones del Instituto Caro y Cuervo*, vol. II: *La Canción a las ruinas de Itálica del Licenciado Rodrigo Caro, con introducción, versión latina y notas por MIGUEL ANTONIO CARO, publicadas por JOSE MANUEL RIVAS SACCONI*, Bogotá, Editorial Voluntad, 1947, xxxii-241 págs. Los *Prolegomena* (págs. 1-127) se dividen en los siguientes capítulos: I, *Operis ratio redditur*; II, *De Rudericí Cari vita studiisque et moribus*; III, *Cari operum et opusculorum catalogus*; IV, *Quæ fata Cantio subierit. Quibus ex fontibus textus fluxerit*; V, *De huiusmodi poeseos natura et metro*; VI, *De huiusmodi carminum argumenti auctoribus et sectatoribus*; VII, *De iis quæ in Appendice altera collocavimus*. La versión latina ha sido enfrentada al texto en la edición, para que pueda apreciarse mejor: consta de 85 exámetros, contra 102 versos castellanos. Las *Annotationes* (págs. 143-200) siguen el texto verso por verso, a veces palabra por palabra: justifican las lecciones adoptadas y presentan las variantes, glosan vocablos y construcciones, dan razón de nombres y hechos históricos, aducen lugares paralelos de clásicos latinos, así como de autores modernos. *Excerpta ex variis y Epigrammatum de ruinis spicilegium* son los títulos de los dos apéndices, que contienen, el primero 5 pasajes en prosa y verso, y el segundo 19 compo-

fama que en este escrito puso singular esmero, pues quiso que fuera como muestra y primicia de toda su obra latina: "*libellus hic* — dice en el proemio — *tamquam specimen prodit maioris operis, varia ac plurima poemata complectentis e diversis linguis a me Latinis versibus reddita et notis illustrata*"<sup>91</sup>. El traslado de la *Canción*, como perteneciente a la colección aludida, ha de ser anterior a la fecha en que ésta fue terminada, esto es al año de 1899, lo cual no excluye retoques posteriores. Pero la obra de conjunto sobre la *Canción* y su autor fue, sin duda, concebida y redactada posteriormente al indicado año, y precisamente — según todos los indicios — en los primeros años del siglo actual<sup>92</sup>. Es probable que la idea de escribir sobre el cantor de *Las ruinas* bullera en la mente de Miguel Antonio Caro de tiempo atrás, acaso desde que leyó las *Obras* de aquél en la edición que le envió, en 1884, su amigo Menéndez Pelayo, cuyo estudio preliminar habría de ser la base

---

siciones métricas breves — en su mayoría sonetos —, por ello adscritas al género epigramático.

Para la edición preparé el *Index nominum* y una *Advertencia* en que se exponen la oportunidad de la publicación, la génesis de la obra y el modo como se realizó la edición. Ella ha sido hecha sobre el ms. autógrafo de Caro, que consta de 648 hojas, de 22 x 16,5 centímetros, con numeración reciente a lápiz, en buen estado de conservación y escritas generalmente por un solo lado. El criterio de la edición, las correcciones introducidas en el texto y otros particulares quedan declarados en la citada *Advertencia*.

El hecho de ser ésta una obra completa en sí y la circunstancia de que se hubiera ya dado a conocer un tomo de poesías y traducciones latinas de Caro justifican el que ella haya sido publicada independientemente del conjunto de sus escritos latinos. Además consta — como diré en seguida — la voluntad del autor de editarla con anterioridad a sus restantes versiones latinas. Todo ello sin perjuicio de que ocupe su lugar, dentro de aquel conjunto, en la edición definitiva de las *Obras completas*.

De los *Prolegomena* y las *Annotationes* ha hecho una traducción castellana el doctor José María Restrepo Millán.

<sup>91</sup> *Prolegomena*, I, ed. cit., pág. 3.

<sup>92</sup> El ms. carece de fecha, por lo cual no se conoce con exactitud el tiempo en que fue extendido. Sin embargo, se puede determinar con alguna aproximación la época en que el trabajo fue adelantado, por ciertos hechos e indicios, como las muchas citas de libros impresos entre 1890 y 1900 que se leen en el curso de la obra y la circunstancia de que para el manuscrito se usaron ocasionalmente hojas que, habiendo sido destinadas anteriormente para minuta de cartas, ostentan aún fechas de los años 1900 y 1902. Cfr. mi citada *Advertencia*, págs. XIV-XV.

de su propio estudio<sup>93</sup>. Ciertamente es, empero, que sólo vino a dar forma a éste en su edad más avanzada, a comienzos de la presente centuria; por lo cual ésta puede tenerse como su última gran obra, la que representa las novísimas modalidades de su inteligencia. Y es de ver cómo se había orientado hacia la crítica textual, hacia la interpretación estilística y cultural de los autores, hacia un método comparativo, en cuanto se lo permitían los elementos de que podía disponer. A punto que, de cuantos escritos salieron de su pluma, éste es el que presenta un más definido carácter filológico, una crítica más extremada y un material mejor aprovechado.

El interés y la simpatía de Caro por el poeta de su mismo apellido — cuya *Canción* estimaba como una de las obras maestras del parnaso hispano — nacía de la comunidad de aficiones históricas y filológicas, del gusto por la poesía latina y romance, y se reforzaba con la probabilidad de los nexos de sangre. Pero el secreto de su admiración por el Licenciado, la razón de que le rindiera un tributo tan constante y le consagrara tan ingente labor como la que su libro representa, está en que vio en él un símbolo del culto a la antigüedad,

---

<sup>93</sup> Los dos tomos de las *Obras* de Rodrigo Caro, en la edición limitadísima de la Sociedad de Bibliófilos Andaluces (Sevilla, 1883-4), se conservan aún entre los libros que pertenecieron a M. A. Caro — hoy en la Biblioteca Nacional — y ostentan anotaciones de su letra. Le fueron remitidos por su amigo con una carta (24 de febrero de 1884), en que le señalaba algunos pasajes del *Memorial de la villa de Utrera*, de los cuales parecía desprenderse que el autor de las *Ruinas de Itálica* era deudo cercano de los abuelos del traductor de la *Eneida*. A lo cual éste respondió (carta de 18 de julio de 1884) que mucho se alegraría de que tal parentesco saliese cierto, pero que no había que buscarle en las pruebas indicadas por su correspondiente (*Epistolario*, etc. cit., págs. 275-278). Cuatro años después, en 1888, Caro publicó, sin firma, en *La Nación* (núm. 261, 24 de abril) un artículo acerca de Rodrigo Caro y la *Canción a las ruinas de Itálica*, en el cual da noticia de la edición sevillana de las *Obras*. Ya en el mismo periódico (núms. 66, 67 y 68, correspondientes a 11, 14 y 18 de mayo de 1886) había hecho reproducir — ello puede darse por seguro — el *Informe* de Aureliano Fernández-Guerra y Orbe sobre la *Canción*, que es otra de las piedras angulares de su estudio. Estos hechos pueden tomarse como antecedentes remotos de la obra que habría de acometer e índices que jalonan la época en que fue madurándola. No faltan tampoco reminiscencias de la *Canción* en poesías compuestas por esos años: así, el “campo de soledad” que se lee en *La pampa* y el verso “El caro nombre oyendo” inserto en la oda *A Menéndez Pelayo*. Cfr. *Advertencia*, cit., págs. XII-XIV.

a la antigüedad romana, que habla aún desde sus ruinas. Por ello refirió a él las palabras de Claudiano: "*uno se pectore cuncta vetustas condidit*". Rodrigo Caro es el primero — según dijo Menéndez Pelayo — que con emoción y verdad supo leer y reconstruir la grandeza de Roma en las esparcidas piedras de una ciudad destruída. Y no deja de tener significación que tales vestigios sean precisamente los de una colonia romana en suelo ibérico, testimonio del poder de expansión y civilización de la Urbe, monumento de la edad en que el mundo fue romano y la paz, que también se dijo romana, era garantizada por el Imperio; en que España, como parte de esta comunidad, fue incorporada a la cultura, para surgir, a la desmembración de aquélla, como nación latina. Las ruinas contempladas, las ruinas italicenses, son más sugestivas que cualesquiera otras a los ojos de los dos Caros: son ruinas romanas en tierra de España. Esta circunstancia es sentida por el Caro andaluz, el que las celebra en altísimo canto; pero es sentida acaso con más veras y mayor intensidad, y, sin duda, más a conciencia por el otro Caro, el hispanoamericano, el que aquel canto traslada a la lengua de Virgilio, el que, siempre atento a descubrir la tradición, reconoce en la Itálica histórica y de la *Canción*, erigida a orillas del Betis, de donde partieron sus mayores, una piedra miliar en el camino de Roma hacia América, un eslabón en la cadena de la cultura; porque en la veneración del primero por las ruinas de la vieja Sevilla va envuelto un mucho de amor regional, mientras en el segundo, tan alejado geográficamente del lugar memorable, pero tan próximo espiritualmente al centro del clasicismo, hay sólo amor y adhesión a la Roma eterna y a la España inmortal, hija de Roma y madre de los pueblos latinos del Nuevo Mundo.

El libro sobre Rodrigo Caro, que por la versión métrica de la *Canción* es un desarrollo de las *Latinae interpretationes*, es, por los *Prolegomena*, el más notable escrito latino en prosa de Caro, donde campean todo su dominio de la sintaxis y del léxico latinos y todo el arte con que sabía desempeñarse en un tema de erudición. Es de admirar cómo el fidelísimo alumno de Virgilio se revela a la par aprovechado secuaz de Ci-

cerón, contradiciendo el aforismo, por él bien recordado, de que *non omnia possumus omnes*. A buen seguro es esta obra la culminación del humanismo colombiano, pues, aun prescindiendo de su mérito filológico y crítico, ofrece reunidos el más amplio y valiente ejemplar *solutae orationis* y una muestra entre las mejores de versificación clásica.

En prosa, fuera de este trabajo y del prólogo y el comentario a las *Latinae interpretationes*, dejó Caro un estudio incompleto sobre prosodia, hoy, según parece, extraviado, y algunas cartas e inscripciones en monumentos públicos<sup>94</sup>.

¿Por qué escribía Caro en latín? Primeramente, por hábito que en él fue casi congénito. Desde niño había aprendido

---

<sup>94</sup> En *Obras de Virgilio* (2ª ed., 1943), II, 573-575, corren publicadas la carta de Otto Ribbeck a Caro, en que agradece el envío de la traducción virgiliana, y la respuesta de Caro, ambas en latín. Cuán grata llegó a éste la congratulación del gran filólogo pruébanlo estas palabras: "*Quo fit ut meas lucubrationes cum laudes, Virgilius ille noster ore tuo probare videatur*". En latín se dirigió Caro, en noviembre de 1893, a S. S. León XIII, en carta a la cual me refiero en la nota siguiente.

Inscripciones: la del sepulcro del arzobispo José Telésforo Paúl en la catedral de Bogotá (cfr. *Carmina et interpretationes*, etc. cit., pág. 88 n.); la colocada en 1905 en el coro bajo de la catedral de Popayán sobre los restos de Francisco José de Caldas — hoy en el Panteón de los Próceres de la misma ciudad — (cfr. ARCESIO ARAGON, *Fastos payaneses*, tomo II, Bogotá, 1941, págs. 98-99; y cfr. del mismo, *El Panteón de los Próceres de Popayán: guía turística e histórica en Publicaciones de la Universidad del Cauca*, Popayán, 1947, pág. 60); la que se lee en la columna central interior del monumento a Bolívar en el Parque del Centenario en Bogotá (cfr. ROBERTO CORTAZAR, *Monumentos, estatuas, bustos, medallones y placas conmemorativas existentes en Bogotá en 1938*, cit., pág. 47); la de la lápida conmemorativa de la consagración del templo de Chapinero, en 1904, fijada a la izquierda de la puerta central (*ibid.*, pág. 178); la colocada en 1908 en la parte posterior del altar mayor de la antigua iglesia de Santo Domingo en Bogotá (*ibid.*, pág. 504; no se dice allí por quién fue dictada la lápida; pero a él fue atribuida desde los días de su colocación: en mi poder reposa una esquila de Rafael Antonio Orduz, director de *El Correo Nacional*, dirigida a M. A. Caro para rogarle que revisara la prueba de dicha inscripción, que iba a reproducirse en el periódico).

El estudio sobre prosodia, en latín, arriba mencionado, me es conocido por el testimonio del R. P. José J. Ortega Torres S. S., quien tuvo ocasión de conocer algunas páginas en casa de don Víctor E. Caro. Infortunadamente hoy no ha sido encontrado entre los papeles del autor. Es de desear que al ser éstos definitivamente arreglados, vuelva a aparecer un escrito importante no sólo por la lengua en que está redactado, sino por el contenido doctrinal, como obra de un experto en la materia.

en su propio hogar, a la escuela de su insigne abuelo y maestro, a usar la lengua latina, a pensar y a expresarse en ella; y el trato con amigos — Bond, el P. Proaño — que cultivaban felizmente la poesía latina, no menos que el augusto ejemplo del Pontífice humanista León XIII<sup>95</sup>, lo confirmaron en su práctica. En segundo término, por ejercicio mental, al que se entregó de lleno en su juventud, y para probar que las ideas modernas encuentran adecuada expresión en el lenguaje de

<sup>95</sup> En 1893 el Santo Padre envió al Vicepresidente de Colombia, encargado del poder ejecutivo, un ejemplar de sus poesías con dedicatoria autógrafa (cfr. *Carmina et interpretationes*, etc. cit., pág. 65 n.: y cfr. págs. XIII-XIV). Caro expresó su agradecimiento en una carta latina, de la cual transcribo aquí la versión hecha hace algunos años — por encargo de D. Víctor E. Caro — por el doctor Juan C. García, quien gentilmente me la ha facilitado, pues el original no está a mi alcance: "Al Soberano Pontífice León XIII Miguel Antonio Caro dirige votos de perpetua ventura. Sobremanera estimo y agradezco la honra con que me ha favorecido para siempre Vuestra Santidad agregándome a la ilustre Orden de San Gregorio Magno y dignándose con benévola carta enviarme un magnífico ejemplar de sus odas. Tales dones me llegan no ya sólo de un príncipe excelso por su alcurnia, por su sabiduría y magnificencia, sino también de las propias manos del Vicario de Cristo, de nuestro dilectísimo Padre. Justo es así que yo aprecie en sumo grado aquellas dádivas y que las entregue a la fiel veneración de mis hijos. No hallando palabras dignas con qué atestiguar mi reconocimiento según lo deseo, valga únicamente declarar mi gozo en que Vuestra Santidad me tenga por "amado hijo suyo": afectuoso título que me es altamente grato anteponer a todos los demás honores. En Bogotá, mes de noviembre de 1893". Entre los papeles de Caro, en poder de su familia, debe encontrarse el original de ella, así como el de la carta de Su Santidad a que se hace alusión en la misma, no menos que el ejemplar de las poesías. El regalo dio motivo a dos composiciones métricas de Caro, *Neandro Heracleo* y *Leonis laudes* (*ibid.*, págs. 65-67), las cuales, junto con la que ya le había dedicado en 1887 — *Ad Leonem XIII P. M. sacerdoti an. L feliciter expletem* (*ibid.*, pág. 64) —, con las castellanas *León XIII* (en *Obras poéticas*, vol. I, 1928, pág. 107) y *A la coronación de León XIII P. M.* (*ibid.*, vol. III, 1933, pág. 56), y con la versión al latín de *La morte* (que bajo el título de *Signa in mortem figura* entre las *Latinae interpretationes*), son la expresión de su admiración hacia el luminoso Pontífice. Ciertamente el fuerte ejemplo de éste no dejó de reafirmar a Caro en su antigua afición y estimularlo a dar la última mano a sus producciones: raro caso en los tiempos modernos de dos príncipes que se encontraron en el común campo de las letras latinas. Ya el P. J. J. ORTEGA TORRES ha señalado el hecho con las siguientes palabras: "Por esa misma época publicaba León XIII sus *Carmina*. Así, a través de los mares, se unían en un solo culto a Dios y al humanismo el Pontífice augusto y el soldado de Cristo. *Humanis divina iunguntur!*" (*Elogio de don Miguel Antonio Caro, hecho, con motivo de su centenario, el 10 de noviembre de 1943 en la Catedral de Bogotá, en Obras completas de D. MIGUEL ANTONIO CARO, cit., VIII, XVI*).

la antigua Roma<sup>96</sup>. En tercer lugar, por deseo de intimidad, por afán de “andar más solo y secreto”<sup>97</sup>. Esta necesidad de ocultamiento se fue acentuando a medida que avanzaba en la vida e iba despreciando más y más las vanidades de la fama. “Conste — afirmaba — que no me gusta escribir en latín a las veces para expresarme mejor... sino no sé por qué. Por algo será; quizás para que no me entiendan. Por qué nos gusta rezar algunas veces en latín y no en castellano? Será para hablar con Dios más en secreto. *Odi profanum vulgus et arceo*”<sup>98</sup>. Y en verso:

*Hispanos versus dum tento fingere, ludor;  
E calamo tantum verba latina fluunt.  
Gratia dis, quoniam sic non intelligor ulli:  
Siquis erit, saltem me placido ore leget*<sup>99</sup>.

Es el mismo sentimiento que le hace desdeñar sistemáticamente los honores, que le retiene de publicar la mayor parte de sus producciones, que le hace contentarse horacianamente con pocos lectores<sup>100</sup>.

<sup>96</sup> Consideraba que el “esfuerzo de adaptación o traducción de ideas nuevas a formas antiguas es uno de los ejercicios más delicados y difíciles y que más agilita las facultades mentales” (*Introducción* a la cuarta edición de la *Gramática de la lengua latina para el uso de los que hablan castellano*, Bogotá, 1886, § IV).

<sup>97</sup> Carta de 29 de marzo de 1906 a Fray Pedro Fabo, inserta por éste en el artículo *Dos obras colombianas* (escrito en 1920 y reproducido en *Anuario de la Academia Colombiana*, tomo IX, Bogotá, 1943, págs. 553-560: vid. pág. 558). Parte de la misma había sido ya publicada por el mismo autor en *Idiomas y etnografía de la región oriental de Colombia*, Barcelona, 1911, pág. 261.

<sup>98</sup> Carta de 4 de mayo de 1906 a Fray Pedro Fabo, en *Idiomas y etnografía*, etc. cit., pág. 262 (publicada fragmentariamente; lo mismo en *Dos obras colombianas*, cit., en *Anuario*, cit., IX, 554, y en *Rufino José Cuervo y la lengua castellana*, Bogotá, 1912, I, 85).

<sup>99</sup> *Musa latina*, en *Carmina et interpretationes*, etc. cit., pág. 96. El segundo dístico está inserto en la citada carta de 29 de marzo de 1906 a Fray Pedro Fabo.

<sup>100</sup> “Hace mucho tiempo que me domina el sentimiento de San Cayetano Teano, nombre que por devoción de mi madre llevo entre los que me pusieron en la pila: “Trabajar y no mostrarse”. ¿Qué mucho, si aun en tiempos pasados gusté más de salir de visera, que hoy decimos anónimo y seudónimo? Así anda la mayor parte de mis producciones. De mis poesías originales inéditas, no saco sino una que otra, de vez en cuando, por compromiso de amistad o deber de cortesía, y las veces en que, por resabios de mi mala vida pasada, se me ocurre escribir algo en verso y pido “las tablillas”, es decir, me acerco a la máquina

Por encima de estos motivos íntimos y personales imperan los de orden racional. El concepto de la vitalidad del latín, lengua universal y vehículo de cultura, preside toda su producción literaria latina. Al hábito, al ejercicio intelectual, a la búsqueda de soledad, se sobrepone el convencimiento de la necesidad de cultivar el latín como medio insustituible de intercambio científico. En verdad, Caro cree en la misión del latín perenne, "*qui, tametsi quodammodo exstinctus putetur, tamen per literas communicatur, in libris stabilis viget; qui idem linguarum omnium mutuus interpres et inter literatissimos homines excultasque civitates etiam nunc pro communi vinculo habetur*"<sup>101</sup>. Tiene en alta estima la literatura clásica del Renacimiento, y aplaude y apoya los esfuerzos por restaurar la lengua latina, para que sirva a todas las ideas de la civilización moderna en la exposición de asuntos científicos y literarios<sup>102</sup>; con lo cual el colombiano anticipa genialmente los caudalosos movimientos que en tiempos recientes han venido abogando por el restablecimiento del latín en las relaciones culturales. Por ello, para manifestar sus propios sentimientos, prefiere tantas veces la lira latina, que le permite, a la par que segregarse del vulgo insolente, dirigirse a los hombres de todas las edades y de todos los pueblos. Por ello se impone la tarea de trasladar a metros clásicos poemas dignos de la inmortalidad: para sacarlos del círculo necesariamente finito de una lengua particular y hacerlos del dominio universal. Por ello extiende en latín su disertación sobre las *Ruinas de Itálica*, que dedica a los investigadores de allende las fronte-

---

de escribir para dictar algo, *prefiero la lengua latina*, sin que me arredre el sueño de Rómulo, que nuestro Bartolomé de Argensola (lo llamo nuestro por lo que le quiero y le admiro) aplicó con tanta gracia y acierto a los poetas latinos modernos. No me cuadra esa advertencia de Quirino, porque no pretendo llevar a los bosques leña, sino *andar más solo y secreto*" (Carta de 29 de marzo de 1906 a Fray Pedro Fabo, en *Anuario*, cit., IX, 557-558). Si en general sus obras pertenecen a una literatura de selección, muy pensada, muy trabajada, que exige un alto nivel de preparación intelectual en el lector, sus últimos escritos acentúan tal carácter, agregando la dificultad del idioma.

<sup>101</sup> *Prolegomena* a RUDERICI CARI, *Cantio Hispanica celeberrima ad ruinas Italicæ*, etc. cit., pág. 5.

<sup>102</sup> Cfr. el citado § IV de la *Introducción* a la cuarta edición de la *Gramática de la lengua latina*.

ras, no menos que a los nacionales. Con efecto, si se pretende difundir a un autor vernáculo entre los literatos de todas las naciones, sin distinción alguna, debe recurrirse a aquel idioma que no está sujeto a limitaciones de lugar y que es estudiado en todos los países. Y esta su labor de retroversión es, en cierto modo, complementaria de aquella otra en que descolló por sobre todos sus contemporáneos de habla castellana, la de traer al romance las obras maestras de los poetas de Roma: ambas pueden considerarse de divulgación, bien que en sentidos diversos.

En todas las partes de la obra de Caro — aun las no propiamente humanísticas — es visible la huella de su formación grecorromana. Innumerables serían las reminiscencias, imitaciones, alusiones y citas de autores clásicos que podrían espigarse en sus escritos, así literarios como jurídicos, políticos o religiosos. El catálogo de tales referencias nada agregaría empero al conocimiento de su acervo intelectual.

En su poesía castellana, aunque la imitación deliberada sea rara, la filiación clásica se descubre en la fuerte y serena entonación, en la claridad y en el equilibrio de espíritu y forma. Largo tiempo se le disputó el título de poeta original, porque sus creaciones no se amoldan al concepto que los más tienen de la poesía; pero hoy nadie se atrevería ya a negarle el alto puesto que le corresponde en la lírica castellana como vate de vigorosa y abundante vena. Caro, amoroso de una musa difícil y esquiva, conquistada en los bosques y colinas del Lacio, dejó no pocas composiciones de inspiración sincera y de impecable factura, que son dechados de poesía clásica viva y fecunda, de la más pura y elevada hecha en América.

Por sus versos cruzan sucesivamente la influencia de Virgilio y la de Horacio; y no es raro que en una misma pieza alternen las reminiscencias de los dos poetas amigos, que se vieron ya reunidas en la lira castellana de Fray Luis de León. Al igual que en la obra de éste, en la de Caro el influjo más señalado es el horaciano, que resalta en el corte de sus poesías, en su sentido de la naturaleza, en su medida y en su modestia. La más celebrada de sus composiciones, la oda *A la estatua del Libertador*, pone de presente tales caracteres.

Horaciana es en su estructura, en la marcha de las estrofas, en el pensamiento robusto, en la sucesión rápida de cuadros; mas es virgiliana por la entonación melancólica y por la concepción del héroe, de Bolívar, cargado, como Eneas, con un cometido superior, que debe cumplir contra todos los embates de la fortuna:

La soñadora frente  
Doblada al peso de misión divina...<sup>103</sup>.

Si en la múltiple personalidad de Miguel Antonio Caro quiere buscarse un carácter preponderante, como cifra y resumen de todos los que la integran, no será difícil concluir que éste es su humanismo, el cual es condición principal de su espíritu, entrada de todo su saber, campo en que florecen su labor intelectual y literaria, en que nace y se explica la variedad de sus aptitudes y actividades. Su existencia misma, repartida entre la investigación y la tribuna, el periodismo y la cátedra, la familia y el poder, es espejo de humanismo: en él alcanza la plenitud el tipo del hombre de letras y gobierno, de ascendencia romana y cuño renacentista, que entró con el fundador Quesada a estas comarcas, en las cuales nunca ha carecido de continuadores. No sin fundamento se ha dicho que Caro fue un hombre del Renacimiento, porque su temple, sus inclinaciones, propósitos y actitudes lo acercan a los grandes humanistas.

---

<sup>103</sup> En Simón Bolívar vio Caro aquello mismo que había descubierto en el héroe virgiliano: "Simboliza Eneas — dice en el *Estudio preliminar* a sus *Obras de Virgilio* (tomo I, pág. LV) — la misión en general del hombre y de los pueblos, y en especial la vocación de algunos destinados a llevar una cruz más pesada como también una corona más noble... Así, virtud, perseverancia, martirio y resurrección compendian el conjunto de la misión del héroe, lo mismo que la de todo hombre y todo pueblo que sabe corresponder a su vocación".

El carácter horaciano de la oda realzase en la versión latina, *In statuam Bolivaris*, en alcaicas que ha hecho de ella el jesuíta ecuatoriano P. MISAEL VAZQUEZ, fecundo poeta latino, autor también de una traducción, en exámetros, de *La victoria de Junín* de Olmedo. La de la oda de Caro puede verse en *Horatiana, seu corona poematum quam in honorem principis Iyrae Latinae Quinti Horati Flacci in ipsius anno natali bis millesimo contexuerunt socii e viceprovincia Aequatoriana Societatis Iesu*, Quito, 1936, págs. 161-170.

Por su varia y vasta labor, él es el más alto exponente del humanismo colombiano, al propio tiempo que la más destacada manifestación de la inteligencia y la cultura nacionales. No sólo mirada en conjunto su obra alcanza tal importancia, sino por cada una de sus partes: Caro es el mejor traductor de las obras clásicas, el más docto comentador de ellas, el más profundo conocedor de la estructura gramatical del latín, el más puro poeta y el más suelto y elegante prosista en esta lengua. A los ojos del vulgo, que no analiza y gusta, con simplismo intuitivo y frecuentemente certero, de esquematizar y personificar, Caro es el símbolo del humanismo en Colombia, es todo el humanismo colombiano, en lo que vale y significa, en lo que es realmente y en lo que se cree que sea, en lo que se acata y en lo que se ataca. Ante el mundo, Caro es la expresión más representativa de Colombia; y debe advertirse que, de sus escritos, precisamente los humanísticos son los que han contribuido en mayor grado a su reputación: para el extranjero Colombia es la tierra de Caro y Caro el traductor de Virgilio.

En las letras hispanas contemporáneas, la figura de Caro tolera comparación sólo con la de Marcelino Menéndez y Pelayo, con quien forma la constelación más luminosa del humanismo español en los modernos tiempos. Con frecuencia se ha establecido el paralelo entre estos dos espíritus gemelos que se encontraron por encima de los mares y se influyeron recíprocamente, a través de una nutrida correspondencia epistolar, la cual sirvió para que se estableciera entre ellos un fecundo intercambio de ideas, noticias y consejos, que dejó huellas en las obras de ambos. Pero entre el humanismo del uno y el del otro existen notables diferencias. Menéndez Pelayo se preocupa ante todo por recoger los datos de la tradición humanística en la península; a los clásicos se remonta a través de esa tradición. En él lo principal es relevar el esfuerzo español, como se echa de ver en los títulos de casi todos sus libros. Caro se acerca más directamente a los autores latinos, que traduce en número extraordinario y estudia y comenta. Para él lo latino es lo primero, Roma está en el principio de todo; la observación del humanismo moderno es apenas oca-

sional. El es un humanista práctico, que escribe en latín como lengua propia; él vive el humanismo como lo vivieron los renacientes: con el mismo sentimiento de novedad, de reencuentro, de devoción filial a Roma y a la antigüedad. El humanismo de Menéndez Pelayo, que extiende latamente su visión al mundo helénico, es más historicista y aparece menos dependiente de la sola latinidad; el de Caro es, por más tradicional, casi exclusivamente latino<sup>104</sup>.

Miguel Antonio Caro era latino por naturaleza. Así como el gran montañés en su *Epístola a Horacio* había dicho: "Yo soy latino", el bogotano afirma con orgullo: "Mi gente es la raza latina", en aquel *Himno del latino* que pretende interpretar los ideales y aspiraciones de una estirpe que ha dado

---

<sup>104</sup> Mucho se ha discutido acerca de si Caro poseyó o no la lengua griega. Generalmente se ha afirmado que la ignoró. En mi opinión, hay motivos para creer que no le fue desconocida. Positivamente consta que en el colegio de los jesuitas recibió lecciones de griego: en el folleto de distribución de premios para el año de 1860, ya citado, figura Caro como segundo premio "*scriptionis Graecae*". Entre las traducciones que contiene el tomo de sus *Poesías juveniles* (1866) figura (págs. 43-44) la del *Canto guerrero* de Calino de Efeso, que Caro tradujo como obra de Tirteo, creyendo, como ya otros filólogos, que a éste pertenecía: si bien esta versión pudo realizarse con vista de otras modernas, en ningún caso puede tenerse como simple alarde de simulación por parte de quien tan enemigo era de vanidades y de mostrarse. En *Traducciones poéticas* (1889) hay una de Filemón (ed. cit., págs. 69-70: a propósito de ella cfr. lo que dice Caro en *Epistolario*, etc. cit., pág. 150). LOPEZ DE MESA, *Miguel Antonio Caro y Rufino José Cuervo*, etc. cit., pág. 366, cita estas dos versiones, sin advertir la falsa atribución de la primera, y también una de Anacreonte, que ignoro dónde se encuentre; pero avanza la hipótesis de que sean retraducciones. En las notas a su versión de la Egloga IV de Virgilio (*Obras completas*, II, 43), Caro inserta, con la advertencia de que es "traducida literalmente del griego", en versos castellanos, el texto sibilino que empieza: ἀλλὰ θεὸς μόνος, traído por Lactancio en *Divinarum institutionum*, I, 6. Entre los libros de su biblioteca, que reposan hoy en la Nacional, no faltan algunos manuales de gramática griega y autores helénicos. Al comentar las versiones de los *Poetas bucólicos griegos* por Ippandro Acaico (vid. *Obras completas*, II, 354-372) revela conocimiento de los originales, subraya el mérito y los defectos de la interpretación y depreca "el abandono casi general del estudio del griego", que "ha sido causa de que hayan venido a menos los estudios clásicos en los países latinos". Puede concluirse, pues, que, aunque Caro no tuviera del griego un dominio tan completo como del latín — lo cual está fuera de discusión —, conoció la gramática de esa lengua y estuvo en capacidad de leer a sus clásicos.

vida a muchas naciones<sup>105</sup>. La patria para él está en la historia y en la lengua, y se extiende a dos continentes:

Mi patria no es breve comarca;  
Objeto de culto y amor,  
Mi patria dos mundos abarca  
Y siglos de inmenso esplendor<sup>106</sup>.

Esta patria, que “empezando en lo pasado, se extiende al porvenir”<sup>107</sup>, no es otra que Roma:

Es Roma mi madre adorada<sup>108</sup>.

El sentimiento más arraigado en su ánimo es en definitiva el de la romanidad, pues en ella se unen su latinidad y su cristianismo, condiciones elementales de su sér, no opuestas sino convergentes: su divisa clásica no fue jamás pagana, sino asociada en síntesis armoniosa con su profesión cristiana.

Canta a Roma eterna, en la majestad de sus monumentos:

Ves la ciudad más grande de la tierra,  
Y llegas, caminante, a sus umbrales:  
¡Salúdala! en cenizas inmortales  
Oculto guarda el rayo de la guerra.  
Cuando la noche su recinto cierra,  
Númenes la visitan celestiales;  
Ostenta en paz de su poder señales;  
Sacras reliquias en su seno encierra.  
Roma es de inmensa majestad morada;  
Está bendito este aire que respiras,  
Y esta tierra que pisas es sagrada.  
Humílla aquí tu altivo pensamiento,  
Y busca en cuanto palpas, cuanto miras,  
A tus ávidos ojos alimento<sup>109</sup>;

<sup>105</sup> Escrito para un concurso promovido por la Sociedad de Lenguas Romanas de Montpellier, en 1878, fue premiado con mención honorífica: en *Obras poéticas*, vol. III (1933), págs. 10-11.

<sup>106</sup> *Ibid.*

<sup>107</sup> *Sicut passer*, en *Obras poéticas*, vol. II (1929), pág. 83.

<sup>108</sup> *Himno del latino*, citado, ed. cit., pág. 10.

<sup>109</sup> *Roma*, en *Obras poéticas*, vol. I (1928), pág. 105.

a la Roma cristiana, en la grandeza y santidad de sus Pontífices:

El báculo de Pedro sólo impera  
Donde el Altar se hundió de la Victoria <sup>110</sup>;

a la Roma dominadora, de ayer y de hoy, en sus legados:

*Terrae marisque Roma dominatrix potens  
Omnes in orbis terminos  
Mittere solebat ferreos proconsules,  
Et cuncta gladio subdidit.  
Urbs illa cecidit mole propria et viribus;  
Sed Roma nata est altera,  
Petrus ibi residet, atque pacis nuntios  
Mittit plagas in ultimas <sup>111</sup>.*

Convencido, con Valla, de que dondequiera se escuche la lengua de Roma, allí se perpetúa su espiritual imperio, emplea el latín en medida creciente, a punto que, cuando llega a sus últimos trabajos, puede decirse sin hipérbole que esa es su propia lengua. Su maestro fue siempre Virgilio, el vate de los destinos del pueblo romano, y su poema la *Eneida*, epopeya nacional de Roma, en la cual observa que lo primordial y trascendente es “el modo como el poeta, después de latinizar a Troya, iguala a Roma con el mundo” <sup>112</sup>, de suerte que se convierte en poema universal. Su propio hispanismo es inseparable de la devoción a Roma:

Amad a España, venerad a Roma <sup>113</sup>.

Del romano tuvo — amén del apellido, cuya romanidad gustaba de subrayar, y del recio perfil — el temple y las virtudes: valor, austeridad y constancia; la elocuencia concisa y enérgica; el pensamiento organizado y sólido; la tendencia

<sup>110</sup> *Buscadle en Roma*, en *Obras poéticas*, I, 155.

<sup>111</sup> Antonio Vico, *Archiepiscopo Philippensi, Delegato Apostolico*, en *Carmina et interpretationes*, etc. cit., págs. 68-69.

<sup>112</sup> *Estudio preliminar a Obras de Virgilio*, ed. de 1873, I, L.

<sup>113</sup> *Los padres de la patria*, IV soneto, en *Obras poéticas*, vol. I, pág. 100.

a la unidad y al orden; el amor a la verdad, a la claridad, a la justicia; el sentido del derecho: “leyes solicito, cualesquiera que sean, porque legalidad es forma de justicia, y justicia realización de derecho”<sup>114</sup>.

“Si tuviera que explicarle a un extranjero sabio quién fue Miguel Antonio Caro, le diría: Imagine usted un romano, patricio, de la época de Marco Aurelio, educado por maestros estoicos con el mayor esmero; supóngalo usted convertido al cristianismo por largas conferencias con un Padre de la Iglesia; hágalo usted resucitar hacia mediados del siglo XIX; infúndale el habla castellana y el acento de los bogotanos, y déjelo usted proceder. Y tendrá usted a Caro”: ésta la definición más comprensiva del carácter de Caro, dada por quien lo trató íntimamente y lo acompañó hasta el postrer suspiro<sup>115</sup>.

Varón verdaderamente superior y extraordinario — en el pleno sentido de la palabra — fue Caro en su tiempo y en su patria. En pleno romanticismo — ilovimiento que miraba como “protesta de la imaginación sin freno contra toda tradición y toda autoridad, y aun más, contra toda racional investigación” —<sup>116</sup> se convirtió al más puro y noble clasicismo. En una época en que los estudios humanos estaban en franca decadencia o se adelantaban en forma tan bárbara que sólo podía inocular profundo desafecto, él los siguió y persiguió con ahinco y fortuna excepcionales. Traer al castellano los autores latinos, versificar en la lengua de ellos, discurrir sobre temas literarios en el lenguaje de los renacientes — edad dorada del saber — era un golpe de audacia que sacaba a la nave literaria de las aguas muertas, si amables, del regionalismo y costumbrismo, en que andaba engolfada, y la lanzaba al mar abierto de la cultura. Fue un renaciente por ha-

<sup>114</sup> *Del uso en sus relaciones con el lenguaje*, en *Obras completas*, V, 255.

<sup>115</sup> RAFAEL MARIA CARRASQUILLA, *Miguel Antonio Caro*, artículo escrito en 1909, reproducido en *Anuario de la Academia Colombiana*, tomo II (1910-1911), Bogotá, 1911, págs. 229-237, y como prólogo al vol. I de las *Obras poéticas* de M. A. Caro: vid. pág. xvi.

Véase también ANTONIO GOMEZ RESTREPO, *Elogio fúnebre*, en *Anuario de la Academia Colombiana*, cit., II, 238-240, en el cual presenta, con vigorosos trazos, a Caro como “hijo espiritual de la antigua Roma”.

<sup>116</sup> *Introducción a Traducciones poéticas*, ed. cit., pág. xvi.

berle tocado levantar la enseña de las humanidades y restaurar los valores tradicionales en un ambiente de hostilidad, olvido o incompreensión: "*alia miracula rerum, monstra alia animos alliciunt ac retinent*", se veía forzado a reconocer en el prólogo a sus *Latinae interpretationes*, cuando el siglo XIX tocaba a su fin. En medio de una sociedad que había renegado de su historia cultural, hundida en la anarquía intelectual, literaria y política, en vía de perder los bienes mismos de la vida civil por fuerza de luchas interminables, su labor fue en gran medida la de rescatar de la ignorancia, la confusión y el desprecio muchos de los grandes valores que son alimento y adorno de la persona humana, de aquellas humanidades que educan y hacen gentil al individuo y a la sociedad; conquistarlas con estudio constante, contra las dificultades del medio impropicio y la escasez de recursos; cultivarlas con perseverancia, felicidad y amor; hacerlas brillar nuevamente al sol de la patria; conducir a ellas con el ejemplo y el magisterio, reconciliarles las voluntades, ganarles el respeto y la admiración comunes. Todo esto era tan nuevo y tan antiguo, tan clásico y tan revolucionario que no podía dejar de sorprender y arrastrar a los espíritus nobles. Así la actitud de Caro, con ser tan tradicional, tiene perfiles de auténtica originalidad y significado de renovación fundamental. Se presenta él como un rebelde y un innovador, en letras no menos que en política; como un reformador que, sin haber tenido precursores, se anticipó en mucho a situaciones posteriores y vino a ser un espíritu del siglo XX en medio de las gárrulas inteligencias del XIX. Caro encarna el revivir de la tradición, la síntesis de la edad colonial y de la republicana, el orden restablecido tras una época de ensayos y exploraciones, el reanudarse de un proceso de cultura, la fijación definitiva de los valores esenciales de la nacionalidad: en lo político, libertad y orden; en lo espiritual, lo católico; en lo cultural, lo clásico.

Por muchos años fue la figura dominante en el panorama colombiano. Después de muerto, su perfil ha seguido señalando el horizonte espiritual de la nación. Ella no estuvo plenamente constituida sino con Caro, quien "más que nadie

se acercó a la formación de la conciencia nacional”<sup>117</sup>. Le dio él con su obra intelectual y con su participación en la transformación institucional, de que es verdadero autor, una fisonomía propia e inconfundible. En el futuro ella no podrá subsistir sino con ese carácter. Padre es él verdaderamente de aquella patria de cuyas entrañas se sentía pedazo.

Cuando se tenga el estudio completo, aún inexistente, de la vida pública y privada y de las obras todas de Caro, cuya grandeza “se sospecha, más bien que se mide”, según se ha dicho con frase acertada<sup>118</sup>, quedará comprobado una vez más que el humanista bogotano fue y es, tal como se le tuvo en vida, la mayor ilustración y la mayor virtud del pueblo colombiano; que fue en realidad “no sólo una poderosa mente individual, sino la mente de la patria”<sup>119</sup>, y que en los días presentes y en los por venir ha de seguir siendo mente rectora y numen tutelar.

JOSE MANUEL RIVAS SACCONI

---

<sup>117</sup> MARCO FIDEL SUAREZ, *Elogio del señor doctor don Miguel Antonio Caro, pronunciado el 12 de octubre de 1909 en la Academia de Historia*, reproducido al frente del tomo II de las *Obras completas* de M. A. Caro: vid. pág. xxiii.

<sup>118</sup> ALFONSO ROBLEDO, *Don Miguel Antonio Caro y su obra*, etc. cit., pág. 12.

<sup>119</sup> MARCO FIDEL SUAREZ, *Elogio*, loc. cit.